
1ª PUÑALADA A LA DEMOCRACIA

Recopilación de textos anarquistas
contra la democracia



1ª PUÑALADA A LA DEMOCRACIA

*Recopilación de textos anarquistas
contra la democracia*

Abril 2019

Índice:

Adoptando términos que no nos pertenecen; aportaciones para una superación de la democracia.....	pág. 1
Motivos para la abstención activa anarquista: la guerra contra la democracia, el Estado y la autoridad.....	pág. 27
Ni dictadura, ni democracia. Por la autoorganización y agudización del conflicto social.....	pág. 35
Diez puñaladas a la política.....	pág. 38
A sangre fría: sobre las concentraciones, el referéndum y la democracia cómplice.....	pág. 44

Adoptando términos que no nos pertenecen; aportaciones para una superación de la democracia

*H*ablar, comunicar, querer decir algo más allá de la mera palabrería supone, hoy día, una ardua tarea, una tarea terriblemente dura, pero terriblemente necesaria. ¿Cómo nombrar cuando no tenemos las palabras, cuando ellas nos poseen a nosotras? ¿Cómo aprender a decir lo que sentimos sin antes desaprender aquello que ha sido sentido para nosotras y del que no formamos parte más que como meras espectadoras? Ardua tarea, pero impostergable. ¿Cómo decir alguna verdad verdadera? ¿Cómo desnudarnos y desanudarnos sin caer en el tremendo frío de la soledad y del miedo imbécil de aquella que necesita apoyos y se resiste a pedir ayuda, por miedo, por miedo y pánico a ser una más de las tantas necesitadas? ¿Cómo caer a estas alturas sin terror y con desasosiego? ¿Cómo aprender a hablar de nuevo sin caer en la trampa de tener que ser escuchadas de inmediato? ¿Cómo devolverle a las palabras su capacidad de transgresión ahora que la verdad sólo puede ser dicha cuando no es dicha para ser escuchada? Barbaricémonos entonces, gritemos, deshagámonos del miedo a no ser entendidas: estamos impacientes de escuchar de nuevo alguna verdad. Desde que nos han robado las palabras tan sólo podemos decir mentiras

Leído en las paredes del barrio de Gràcia

«Le llaman democracia y no lo es» gritan las manifestantes convencidas, llenas de indignación. No dolería tanto si no fuera porque esta consigna es coreada en casi todas las manifestaciones; no sería tan doloroso si no fuese porque suele ser en aquellas manifestaciones convocadas por nuestros entornos más cercanos¹. Esta mitificación de la democracia es producto, a nuestro parecer, de la confusión generalizada que hace que también

haya quien se considere de izquierdas o que haga suyos conceptos tan genéricos como el de movimientos sociales. Si en este texto queremos tratar este tema no es por casualidad sino porque asistimos, hoy en día, a una lucha que, a falta de palabras que expresen con exactitud aquello que sentimos, acaba demasiadas veces por reforzar las estructuras que de entrada pretende combatir, reforzando los imaginarios con los que estas estructuras se conforman. Con este texto pretendemos hacer una invitación al análisis con la intención de desmitificar algunos conceptos y así poder situarlos donde estos se merezcan estar. Sacarlos de la ambigüedad a la que estamos acostumbradas y significarlos o resignificarlos para acercarnos a decir aquello que sentimos y pensamos, forzándonos a pensar un poco más aquello que decimos.

Democracias y demócratas

Nosotras no somos demócratas, nosotras no somos antidemócratas. Estamos en la búsqueda y en la lucha por la construcción de una sociedad en la que las relaciones humanas no vengan mediadas por el dinero ni por el ejercicio de poder sobre las otras, ésta es nuestra intención. Encasillarnos en una crítica a la democracia sería igual de válido, pero a la vez igual de impreciso, que erigirse como antipolicía o antitelevisión. Aun así, pensamos que hace falta hacer un análisis de lo que supone hoy en día la democracia, ya que viendo como la lógica en la que ésta se sustenta se filtra en muchos de los discursos de algunas de nuestras compañeras, se nos vuelve muy difícil una ruptura real con el sistema de dominación actual. Atacamos la democracia porque es la forma más precisa y perversa que toma el capitalismo a la hora de gobernarnos. Atacamos la democracia porque su potencia desmovilizadora consiste, en buena medida, en movilizarnos dentro de los amplios márgenes que no la cuestionan. Atacamos la democracia porque no hemos renunciado a cambiar el mundo, porque aún no nos damos por vencidas y somos capaces de desear situaciones colectivas que desconocemos y porque intuimos que la vida no se sitúa dentro de los márgenes de lo que hoy día es posible.

¹ Afortunadamente, el entorno anarquista evita este tipo de consignas. Desgraciadamente, por la poca permeabilidad de parte de este entorno con otros cercanos, estos últimos no encuentran la crítica de la democracia en la que verse reflejadas.

Es cierto que algunas de nuestras compañeras más cercanas dirán que esta visión de la democracia es una visión equivocada y que esto de la democracia es, en esencia, otra cosa. No pretendemos iniciar un debate a nivel semántico, no es una cuestión de términos o adjetivos, nuestro debate pretende profundizar en como el ideal democrático se filtra en nuestros discursos y dinámicas neutralizándolos e imposibilitándonos descubrir formas de organización comunitaria que vayan más allá de las que ya conocemos y no nos satisfacen; que vayan más allá de la posibilidad de mejorar las condiciones de miseria humanas en las que vivimos creando rupturas reales con el modo relacional capitalista y patriarcal. Es más, a aquéllas que creen que la democracia es otra cosa, que piensan que nuevamente nuestras enemigas nos han robado esta bella palabra para designar su contrario, a todas ellas les decimos que están equivocadas. Las únicas que tergiversan el término son aquéllas que dicen oponerse a su forma actual. Es decir, no son nuestras enemigas sino algunas de nuestras compañeras de viaje las que nos confunden con su lenguaje ambiguo, haciendo que sigamos pensando según los términos de aquello que pretendemos combatir. Si lo que queremos es hacer caer el sistema de dominación actual –y es lo que queremos– nos hará falta esclarecer nuestro posicionamiento respecto a la forma en la que este dominio se manifiesta actualmente, para encontrar, de esta manera, la mejor forma de confrontarlo y superarlo.

Nos decidimos a hacer un análisis sobre los problemas que observamos en el uso y abuso de términos como diálogo, consenso, paz o participación, fruto y a la vez soporte de la lógica sobre la que descansa la democracia, conceptos de los que se nutre y a los que alimenta. Es por esto que nos decidimos a hablarlo abiertamente; somos iconoclastas y estamos decididas a romper con todo aquello que precediéndonos se nos demuestre errado; estamos predispuestas y dispuestas a abrir nuestra crítica a aquellos puntos que merezcan ser debatidos; hacer caer todo a aquello que deba caer, aunque en algún momento nos haya ayudado a apoyarnos. Estamos en la búsqueda constante de las mejores formas con las que atacar al Estado conscientes que el pensamiento –y la acción que de éste deriva– no es jamás radical en lo absoluto sino en la capacidad de adecuarse a las circunstancias cambiantes: ahora nos toca criticar la democracia porque es la forma que

toma el enemigo actualmente, pero sabemos que las herramientas que ayer nos ayudaron a combatirlo pueden sernos totalmente inútiles mañana.

Lo democrático

La consigna de todos los despotismos era: «No harás esto o lo otro». La voz de mando de los totalitarios era: «Harás esto o aquello». Nuestra orden es: «Eres».

1984, George Orwell

La democracia tiene hoy el Poder. Llamamos Poder a la capacidad de ejercer la voluntad propia sobre otras personas, ya sea por activa o por pasiva, sea por imposición o por persuasión. En un régimen dictatorial se ejerce, mayoritariamente, por la fuerza, en un régimen democrático mediante la persuasión, la seducción y la creación de verdades absolutas, dejando cada vez menos espacio para un cuestionamiento real. Si nos interesa estudiar el Poder es porque lo queremos combatir, y dándonos cuenta de la mutación que sufre el gobierno capitalista en un escenario dictatorial respecto a uno democrático, tenemos que buscar las evidencias que reafirman y reproducen este Poder, no sólo en las evidencias más flagrantes sino en las pequeñas sutilezas y capilaridades que le dan auténtica consistencia. Es por esto que atacamos la democracia y el imaginario, aparentemente amplio, que la conforma.

Podemos definir la democracia como el final de un proceso de exterminio de la disidencia, como el principio de homogeneización cultural una vez que la gran mayoría de la población ha aceptado el funcionamiento del aparato de dominación; en el momento en que el Poder ya se ha vuelto hegemónico. No puede haber democracia mientras aún queden imaginarios colectivos lo suficientemente firmes como para hacer tambalear el Poder, mientras aún haya una posibilidad de transmisión cultural más allá de la dominante. La democracia no se puede realizar sin un exterminio físico, no tan sólo de la resistencia sino también de la cultura de la resistencia. Entre democracia y dictadura encontraríamos la diferencia, a modo cuantitativo, en el nivel de represión que cada una precisa para poder conseguir sus mismos objetivos, sucediéndose la una a la otra se-

gún las necesidades del Estado. No es que la democracia no reprima con la misma intensidad que la dictadura sino que lo hace con una precisión mayor y de manera más acotada, adaptada a la nueva realidad social. A diferencia de lo que podría opinar una gran mayoría, pueden coexistir en el tiempo –y de hecho así lo hacen– en la forma de estados de excepción². La dictadura se trata pues de un estado de excepción generalizado mientras que la democracia –por no hacerle falta esta generalización– se vuelve selectiva aplicando su mano dura tan sólo a aquellas capas de población que precisa doblegar o que no es capaz de silenciar mediante el ocio y el consumo: CIE, prisión, reformatorios –o el eufemismo de los centros reeducativos–, psiquiátricos... De lo que se trata, al fin y al cabo, es de preservar las bases del sistema capitalista: la propiedad privada y la disociación entre política, economía y vida. Aislado o exterminando aquello que pueda ponerla en cuestión.

Si la diferencia entre dictadura y democracia sólo fuese a nivel cuantitativo podríamos afirmar que entre éstas no habría una auténtica diferencia y que, por tanto, aquéllas que luchan por alcanzar una «verdadera» democracia no irían desencaminadas. Lo que nosotras observamos es que, además de la diferencia que opera a nivel cuantitativo, éstas presentan una diferencia abismal en la forma de gobernar y es aquí donde nos detenemos para demostrar que ya estamos en una auténtica democracia. En una dictadura la represión es explícita porque lo que busca es evidenciar la capacidad que tiene para ejercer su poder. En este sentido la dictadura busca aterrorizar a su oposición haciendo pública su «mano dura» hacia sus enemigas, es decir, gobernando mediante una estrategia puramente conductista.

² El estado de excepción es la suspensión del orden jurídico con carácter provisional y extraordinario que los Estados decretan al ver peligrar su gobierno sobre la población. Durante la democracia hay multitud de colectivos que viven en estado de excepción permanente viéndose privados de «derechos fundamentales». No entraremos aquí, no es éste el debate, sobre nuestro posicionamiento respecto de los derechos que disponen la mayoría de ciudadanas: personas migradas «sin papeles», personas presas, FIES, locas, tildadas de terroristas, enfermas terminales, niñas, etc.

Por otro lado, la democracia busca la complicidad, la participación, y en este caso su estrategia de gobierno se basa en la adhesión de la población a sus dictámenes mediante la seducción, la integración y, indispensablemente, la educación. La democracia no acepta la figura de la enemiga porque ésta se erige como «final de la historia». Por tanto, no concibe que nada, más allá de lo que clasifica como patológico, pueda desear un orden que la supere o la cuestione.

Acabar con la disidencia

Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos.

General Ibérico Saint Jean.
Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.
Mayo de 1977

En una democracia el Poder necesita legitimarse, en una dictadura el Poder precisa ejercerse. En una dictadura hace falta acabar con la enemiga, en una democracia hace falta neutralizarla. Una no puede existir sin la otra, son complementarias y es por esto que la democracia supone un estadio superior en la consecución de los objetivos capitalistas y resulta mucho más peligrosa, si no a nivel de ver peligrar nuestra integridad física, si frente a la dificultad de dibujar imaginarios de emancipación contrahegemónicos. Los dos sistemas son totalitarios, el uno por imposibilitar físicamente salirse de los márgenes establecidos y el otro por acaparar la totalidad de los imaginarios colectivos fagocitándolos, no dejando un espacio para otro lugar, otro mundo, que supere el capitalismo. Mientras que en una dictadura el malestar social se dirige hacia la búsqueda de complicidades con las que derruir el Poder, en una democracia, al no haber un horizonte de superación este malestar es reconducido hacia la esfera íntima, hacia la gestión individual. En una democracia ya no es preciso afianzar el Poder porque éste ya ha sido introyectado.

Los cimientos perversos de la democracia; sus mitos

Primer mito: de la dicotomía democracia/dictadura

El discurso democrático es potente en tanto que, al igual que el ciudadano y cívico tienen a escala del gobierno de una ciudad, no admiten un discurso que se le oponga frontalmente, ya que nadie sería capaz de defender en oposición al diálogo un no-diálogo como solución de los conflictos o mear en la calle en contra del control policial de nuestras vidas. Esta trampa aparece dentro de lo que algunas llaman el doble vínculo³, trampa que dificulta muchísimo la creación de identidades propias que escapen de la unidimensionalidad capitalista. Este doble vínculo, sustentado en la lógica binaria, sitúa en oposición antagónica y sin margen para la discusión la falsa dicotomía entre trabajadora/parada, dictadura/democracia, ciudadana/antisistema, paz/violencia, vandalismo/civismo, loca/normal y tantas otras dualidades que el Estado utiliza para no dejar espacio a nada que escape de su lógica porque, si estás contra la democracia... estás a favor de la dictadura, ¿no? Este discurso no deja lugar a la oposición porque nos sitúa dentro de unos parámetros de aceptación de unas reglas donde el participar ya nos coloca en una situación de indefensión y de sumisión a la autoridad que configura las reglas del juego. Cuando nos decidimos a hablar o interaccionar de manera no violenta con aquélla que nos está sometiendo admitimos una situación de desigualdad –mientras unas tienen el poder de ejercerse las otras tan sólo tienen el poder de aceptar las decisiones– y entonces nos ponemos en un plano de indefensión en el cual sólo podemos, o aceptar las propuestas de aquélla que nos oprime, o salir del juego y ser descalificadas como «intolerantes» o «malas perdedoras». La trampa se encuentra en el carácter confuso de la pregunta: ¿Eres esto o su contrario? No dando margen para reconocernos de manera genuina nos instalamos en un plano que no nos pertenece, dentro de unos parámetros en los que sólo podemos ser definidas por aquéllas que tienen el poder de definirnos socialmente, es decir, que tienen los medios de comunicación de masas y los mecanismos de transmisión cultural.

³ El concepto del doble vínculo es desarrollado por el antropólogo G. Bateson y trata de explicar aquella situación comunicativa en la cual se emite un mensaje contradictorio que implica, de forma no evidente, una cuestión o enunciado falso. Este concepto pretende explicar muchos de los orígenes de nuestras neurosis.

Este cebo, del cual picamos con demasiada asiduidad, nos conduce a la ya típica fórmula de iniciar campañas de descriminalización a partir de decir que no somos aquello de lo que se nos tilda o dentro de la también estúpida fórmula de reconocernos como aquello que se nos identifica: ¿Somos terroristas? ¿Somos antisistemas? ¿Somos violentas? ¿Somos delincuentes? Ante sus preguntas cualquier respuesta nos hará morder el anzuelo; donde no hay una verdadera pregunta no hace falta que nos desgastemos procurando dar una respuesta.

Por otro lado y para desmitificar la dicotomía democracia/dictadura vemos que aunque en el territorio del Estado español no es habitual ver un despliegue del ejército no podemos decir lo mismo de los terrenos ocupados que sobrepasen sus fronteras. Así, mientras el gobierno dentro del Estado se hace de manera democrática el gobierno en los territorios ocupados se hace en la forma de estados de excepción generalizados.⁴ Esta dicotomía es parte indiscernible del espectáculo democrático.

Segundo mito: del diálogo y del consenso

Uno de los mitos fundamentales sobre los que descansa la lógica democrática es el que sustenta que mediante el diálogo pueden ser resueltos todos los conflictos. Es evidente que el diálogo es básico para poder establecer comunicación con otras personas y así poder saber qué es aquello que necesitamos o aquello que sentimos, pero pensar que mediante este diálogo se pueden conciliar necesidades o intereses divergentes es bastante ingenuo.

La idea del consenso tiene sentido en el momento en que un conjunto de afectadas –una comunidad– precisa mantenerse unida en la resolución de un problema concreto; si no existe comunidad o si el problema –o el interés general– es difuso, este consenso no devendrá real ya que esconderá otros aspectos más allá de los señalados.

⁴Casos como el de Irak, Afganistán o Angola, donde la publicidad de cara hacia dentro se hace en nombre de la «ayuda humanitaria» y donde, bajo un eufemismo que deja de serlo, se habla de «democratización del país».

Por ejemplo, cuando en una asamblea universitaria aparece gente que no ha participado antes para forzar que se desconvoque la huelga que le impide ir a clase, ¿qué deberíamos hacer? ¿sentarnos a hablar tranquilamente para intentar llegar a una decisión que nos incluya a todas o enviarlos a «freír espárragos» ante su actitud oportunista respecto la asamblea? Los espacios de discusión y la posibilidad de consenso han de estar abiertos a aquéllas que estén dispuestas a respetarlos en todo momento. Cuando aparecen estos personajes no debemos verlos como meras estudiantes, son los portadores de aquello que estamos combatiendo lo que está entrando en nuestra asamblea.

La creación de consenso, lejos de lo que les gustaría a las partidarias de los procesos dialógicos⁵, no es un proceso ajeno a las relaciones de dominación y por tanto no puede separarse de éstas; contrariamente a las posturas políticas que intentan negar la confrontación –o la reservan sólo al ámbito de la palabra– el conflicto existe en el choque de intereses entre dominantes y dominadas y éste no puede ser resuelto mediante la palabra, entre otras cosas porque esta palabra no tiene el poder de ejecutarse mientras que los mecanismos que dispone el Poder sí.

El triunfo democrático se da en el momento en el cual el consenso se crea a partir de que los intereses de la clase dominada coinciden con los intereses de la clase dominante, no antes. Sus ideales de felicidad, sus imaginarios de libertad, salud, amor...éste es el triunfo acaparador de la democracia, la ausencia –casi total– de discursos o imaginarios que la confronten o vayan más allá de ésta. Al fin y al cabo, en una sociedad democrática se nos permite decir todo aquello que pensemos porque estamos desprovistas de pensar verdaderamente aquello que decimos. Más que pensar, lo que hacemos es repetir.

⁵ Resultan increíbles las sandeces que se pueden escuchar en boca de Habermas y compañía (alejándose de la Escuela de Fráncfort y de las valiosas aportaciones que sus miembros hicieron acabada la 2ª Guerra Mundial), paradigma de lo que podría ser la derrota y el abandono de posturas radicales que pudieran herir las sensibilidades de algunas opiniones, sobretudo de aquéllas que financian las facultades donde estos personajes dictan cátedra.

No se trata de hablar de política sino de hacer política; pensar y difundir aquello pensado, en una sociedad democrática, ya no da miedo porque el pensamiento desligado de la acción que lo precisa se vuelve inocuo para el Poder, parte de su espectáculo. La práctica revolucionaria precisa de una teoría revolucionaria, pero si no salimos de nuestros espacios de discusión para poner en práctica esta teoría nos enquistaremos y moriremos antes de nacer.

Tercer mito: de la mayoría y el respeto a las minorías

Se presupone que la democracia es el gobierno de las mayorías sobre las minorías, teniendo cada vez más en cuenta, en su desarrollo, a las minorías. ¿Son las mayorías las que cambian las situaciones o por el contrario, son las situaciones creadas por algunas minorías activas las que cambian el posicionamiento de las mayorías interpelándolas? Pero ¿qué quiere decir ser mayoría?

La democracia, en su sentido más amplio, se legitima en base a la suposición de que la mayoría –por el hecho de serlo– está en posesión de la verdad, es decir, que tiene la razón. Suposición anclada en la infamia de haber tenido que pasar por un proceso de exterminio abierto de la disidencia, tanto física como simbólicamente, y de la potencia de su transgresión. Ser parte de la mayoría significa hoy aceptar las condiciones imperantes, no tomar partido⁶. La mayoría, en nuestras sociedades, es un conjunto de individuos atomizadas, gregarias a partir de su disgregación, unidas por su impermeabilidad, por la contradicción que emana de la convicción de que la otra aloja a la enemiga y la necesidad de salir de nuestro aislamiento buscando amistades reales más allá de compartir nuestra soledad. La mayoría es hoy día la individualidad desencantada y aséptica que va haciendo y se va conformando a la realidad sin tratar de transformarla, adaptándose a ella de manera terapéutica, encontrando remedios que le permitan hacer de su existencia una existencia soportable. Nos interesa saber cuál es el origen de la lógica democrática que encontramos

⁶ Aun así, sabemos que hoy día la pretendida neutralidad supone, a su vez, una toma de partido a favor de la conservación del status quo.

–tanto en la democracia burguesa como obrera⁷ – en la Ilustración, base del ideal de la Modernidad que ampara al capitalismo –tanto liberal como de Estado–. Si nos interesa este apunte no es como dato histórico para darnos cuenta que el mismo concepto de razón es producto y resultado de las relaciones de dominación y de la cosmovisión particular de la clase dominante. La creación de verdades –y por tanto de voluntades y necesidades– es posible cuando se dispone del Poder, y éste, a su vez, viene otorgado por la capacidad de producir y reproducir las verdades que permiten consolidarlo. El triunfo total lo tenemos cuando la aceptación es la opción mayoritaria, siendo entonces la mayoría la que acepta ser gobernada con resignación y apatía.

Cuarto mito: de la paz como desconflictivización de las relaciones humanas

Que haya paz no quiere decir que no haya violencia. Nunca hay tanta paz como después de un bombardeo. Para mantener esta paz, la coacción y el miedo son herramientas indispensables que utiliza el capitalismo –y cualquier forma de dominio– para mantener sus privilegios intactos y evitar ser atacado. El ideal utópico burgués pretende evitar el conflicto llevándolo hacia el terreno democrático mediante el diálogo interclasista, a la vez que refuerza los aparatos que posibilitan el dominio y la explotación sobre la vida de sus esclavas. En una relación de dominación aquella que domina siempre se justifica bajo la idea de que ésta responde a la «relación natural» de las personas⁸ y que, por lo tanto, no es impuesta. Ante la

⁷ El concepto obrerista de la democracia nace bajo la misma lógica que la democracia burguesa y no escapa de sus trampas: el concepto de razón, la separación entre política, economía y vida así como de la idea de que será un conjunto de gente, en este caso de trabajadoras, que por el hecho de serlo tendrán legitimidad para imponer su verdad como la única. Se trata de una nueva mitificación e idealización de un abstracto.

⁸ El ideal burgués se basa, entre otras máximas, en que la condición «natural» de la humanidad es ser un lobo para si misma pero ¿qué es antes, el huevo o la gallina? Esta máxima, junto con la teoría de la evolución de Darwin (y el darwinismo social que se desprende) da el apoyo teórico que la burguesía precisa para legitimar su posición de poder respecto al resto de la población.

falta de referentes y la dificultad de crear otros horizontes más allá de los pautados muchas de nuestras compañeras de viaje acaban reproduciendo la idea utópica de consecución final de un lugar, una sociedad ausente de conflicto que tendría más que ver con poder soportar la miseria que no en combatirla. El conflicto es inherente a la condición humana en la relación que establece con su medio; el conflicto así como los intentos de resolverlo es lo que nos conduce a vincularnos a las demás, tejer afinidades, buscar complicidades, necesitar ayuda. Una vida sin conflictos, sin superaciones ni búsqueda es una vida que no merece tal nombre. Más allá de esto, los conflictos actuales existen además como fruto de las relaciones capitalistas y patriarcales y obviarlos o pretender evitar el malestar derivado de estas contradicciones sólo nos puede conducir a soportar de manera terapéutica nuestra conformación a una realidad delirante y opresiva; cabe decir que, hoy día, ésta es la opción más utilizada por la mayoría de la población ⁹.

Quinto mito: de la igualdad

La ley, en su igualdad majestuosa, prohíbe tanto a los ricos como a los pobres que duerman bajo puentes, que pidan limosna en las calles, y que roben pan.

Anatole France

Las defensoras de la democracia –hablamos claro de aquéllas que lo hacen de buena fe– buscan la igualdad social a partir de la igualdad de derechos políticos, sin darse cuenta de que una igualdad de derechos políticos con una desigualdad de oportunidades vuelve falaz cualquier empresa emancipadora. Tiene sentido que podamos expresar cual es nuestra voluntad si en esta expresión se haya la posibilidad de ejercerla. Si, por un lado, nuestra voluntad es tan sólo una mera opinión o si, por el otro, nuestra opinión viene condicionada por siglos de dominación y años de adoctrinamiento cultural mediante parvularios, escuelas, institutos, universidades, medios

⁹ Sobre los índices de consumo de psicofármacos en una sociedad democrática como la inglesa ver en el apartado de reseñas el texto *Beyond Amnesty*.

de información, etc., deberemos preguntarnos si esta igualdad es real o es una de las principales ficciones sobre las que descansa y se legitima el ideal democrático. No podemos obviar que ninguna acción puede ser genuina cuando aparece coaccionada bajo el trabajo asalariado y la propiedad privada.

Del mismo modo, la forma que toma la igualdad, al no ceñirse a la igualdad de oportunidades, se torna una voluntad de igualarse a aquélla que ostenta el Poder; así, lo que el concepto de igualdad esconde es, al fin y al cabo, una anulación de los rasgos diferenciales, una homogenización, una única manera de ser. Las luchas empezadas por el feminismo de la igualdad han sido reconducidas hacia el campo de la asepsia política, reconociendo que toda mujer puede acceder al Poder patriarcal siempre y cuando esté dispuesta a comportarse plenamente como un hombre. De la misma manera, el caso de Obama nos demuestra como cualquier negro puede llegar al gobierno de los Estados Unidos mientras sea, en esencia, un blanco heteronormativizado. Lo mismo pasaría con la homosexualidad, una lucha que ha sido reconducida hacia la neutralización de la transgresión que llevaba intrínseca al cuestionar el modelo familiar, llevándola hacia el campo de un reconocimiento de aquellos rasgos diferenciales que dejaban intacto el modelo policial familiar de transmisión cultural y apartando el resto.

Sexto mito: de la aceptación de la diferencia

Convertir la diferencia en mera diversidad supone el triunfo de todo ideal democrático. La democracia, al igual que el civismo, tiene un aparente amplio margen de tolerancia frente a la diversidad de discursos siempre y cuando ésta no sea más que eso: diversidad. Es decir, diferentes (di) versiones (versidad) de «lo mismo». Mientras el diálogo no devenga confrontación, mientras no existan enemigas sino adversarias políticas, mientras no haya violencia explícita sino tolerancia a los dictámenes de quien marca las reglas del juego se nos permitirá a todas poder jugar. Mientras estemos dispuestas a perder siempre, se nos permitirá «la oportunidad» de jugar siempre a ganar.

La globalización cultural se esconde hoy bajo el nombre de multiculturalismo. Ésta ya no tiene miedo de la extraña siempre que esta extraña en realidad no lo sea, mientras ésta se mueva por los mismos intereses que mueven a toda la sociedad occidental –consumo e individualismo– y respete las normas para alcanzarlos. Es en esta misma dirección que hoy, como ya se ha señalado en diferentes artículos aparecidos a raíz del Fórum Universal de la Culturas¹⁰, se busca una diferencia aséptica, que no ponga en cuestión, que no haga tambalear los cimientos de la débil lógica capitalista, en definitiva, una diferencia que sea igual. La idea inconfesable sobre la que se asienta el multiculturalismo es la del carácter universalista de sus valores, aprobando o desaprobando aquello que no entienda o no acepte dentro de sus márgenes de lo tolerable. Vemos entonces que la trampa del multiculturalismo –o cultura democrática– es la de afirmar su superioridad a partir de dar o no el beneplácito ante ciertos caracteres de otras culturas –folklore p.e.– que hagan mantenerse intacta la cultura dominante. Al fin y al cabo, de lo que trata la multiculturalidad es de una eugenesia cultural.

Séptimo mito: de la libertad de expresión

Cuando la libertad de expresarse no está a la par con la capacidad para poder expresarse estamos hablando, sencillamente, de una representación ficticia de la libre expresión. Cuando todo el mundo puede decir lo que quiera pero tan sólo una minoría privilegiada dispone de los medios para repetir hasta la saciedad sus verdades no podemos hablar de igualdad en las condiciones de expresión. Se nos permite decir todo lo que pensamos porque la repetición incesante desde el Poder eclipsa todo tipo de discurso contrahegemónico relegándolo a algo residual.

¹⁰ Sobre el Fórum Internacional de las Culturas podéis leer el artículo: <http://www.espaienblanc.net/Barcelona-2004-El-fascismo.html>

Poniéndonos palos en las ruedas. La política como arte de la separación

La democracia separa el acontecimiento auténticamente político hacia el mero espectáculo de la participación y de la gestión institucional. Este desplazamiento se basa en el mito de que todo conflicto puede ser resuelto a partir del diálogo, aunque sea interclasista. De esta manera, la política reconduce al campo de debate aquello que anteriormente había sido una lucha de intereses diametralmente opuestos. Reconciliando así, con una filigrana humanista, posturas de entrada irreconciliables como son la explotación de la gran parte de la población mundial y el beneficio de una minoría que posee el conocimiento y los medios de producción. Reconduce la figura de la enemiga de clase –si tú existes como clase adinerada es porque yo existo como clase miserable– a la figura de la adversaria política. La política consigue convivir en medio de la falacia de la igualdad de derechos políticos para todas las «ciudadanas» y la desigualdad de oportunidades para todas las personas.

Mientras que la abdicación de la voluntad de determinarse a sí mismos transforma a los individuos en apéndices de la máquina estatal, la política recompone en una falsa unidad la totalidad de los fragmentos.

«Diez puñaladas a la política» en
A Corps Perdu nº 1 agosto del 2009

Pensamos que se vuelve necesario un apunte: lo político aparece con la intervención directa sobre el hecho de vivir en sociedad, sobre su totalidad y las incidencias que de esta vida se desprenden en nuestra cotidianidad. La política es, por contra, la especialización de los asuntos globales, exige una separación de lo social que los hizo nacer para convertirlos en objeto de estudio. La democracia presenta las decisiones y la organización social como algo escindido de la vida misma, la política como algo separado de la forma de vivir. Ésta es una de las razones de peso por las cuales nos oponemos a la democracia, tenga los adjetivos que tenga. Allí donde hay una intervención directa sobre la realidad, allí donde no hay comunicación entre el conjunto de afectadas, allí donde la vida es programada y

vivida como un espectáculo, allí aparece la política y el ser individual, con su derecho a ser «ella misma», con su derecho a la privacidad, con su derecho a la soledad impermeable, con su derecho a votar dentro de un nicho para que nadie la vea, con su derecho a escoger entre una u otra marca del mismo producto, con su derecho a la indiferencia, a la sumisión, a la muerte en vida, con el derecho a participar de su propio exterminio.

El doble arte democrático: la creación de consenso y de deseos

Es posible reglamentar la mente pública exactamente igual que un ejército reglamenta a sus soldados.

Propaganda, Edward Bernays¹¹

Es más que habitual que a la hora de hablar de manipulación recurramos a la ya famosa frase de Goebels, ministro de propaganda del Tercer Reich: «Di una mentira cien veces y se convertirá en una verdad». Esta frase, resumen de la función que desarrolla la propaganda política en cualquier régimen totalitario es, en relación a la frase de Bernays, la evidencia de la función que en toda democracia tienen los medios de comunicación de masas en la elaboración del consenso y evidencian, a su vez, el carácter manipulador de éste. Cualquier régimen totalitario se caracteriza por la ausencia de discursos que se le enfrenten y en el poder que éste tiene otorgado por la población que, por activa o por pasiva, reproduce las verdades dominantes.

¹¹ Edward Bernays fue líder de la industria de relaciones públicas de EEUU y miembro de la comisión Creel. Esta comisión, llamada también «Comité de Información Pública», apareció durante el gobierno de Woodrow Wilson en los años 20 en EEUU para poder hacer un giro de 180 grados en una opinión pública antibelicista y volverla favorable a la intervención armada de EEUU a favor de los aliados en la 2ª Guerra Mundial. La campaña «informaba» de datos como que «los alemanes arrancaban los brazos de los niños». Cabe decir que estas «informaciones» fueron extraídas, en su mayoría, del Ministerio de Interior Británico. Esta comisión se encargó, años más tarde, de la propaganda anticomunista en la caza de brujas de EEUU.

Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Manifiesto Comunista,
K. Marx y F. Engels

Actualmente, más allá de la creación de consensos, el Estado y el mercado aúnan esfuerzos en la creación y/o potenciación de deseos afines a sus intereses. Éstos tienen, entre otras funciones, desviar los intereses reales de las individuos aisladas, mantenerlas dentro de los márgenes que generen beneficios y evitar la aparición de aquéllos que conduzcan hacia una superación de las relaciones de producción-reproducción capitalistas. Si a estas alturas no deseamos con suficiente fuerza la libertad es porque en muy pocas ocasiones hemos tenido la oportunidad de experimentarla de manera conjunta. Vemos interesante no ver esta creación de deseos como un mecanismo maquiavélico perfectamente estudiado sino como la reproducción del imaginario dominante y su mutación, invariable en su esencia. Podemos afirmar que, ahora mismo, la realidad es enteramente capitalista. El hedonismo, así como la conformación del pensamiento intelectual mayoritario hacia el abandono de tesis rupturistas, nos llevan a adaptarnos a aquello que ya conocemos y, en el caso de no satisfacernos, buscar más de aquello que nos han vendido como felicidad: más dinero, más lujo, más vacaciones, más amor, más sexo, más consumo, más, más... quedándonos en la ampliación interior de los márgenes que la misma miseria nos brinda.

De la participación como renuncia

«¡No os pedimos nada porque lo queremos todo!» se podía haber leído en alguna de las paredes durante la lucha contra el proceso de Boloña, pero no fue así; el caso es que muchas de nosotras nos dimos cuenta demasiado tarde de que en la articulación discursiva de nuestras voluntades en base a una demanda se encontraba inherente el germen de nuestra derrota –de una de nuestras derrotas, por lo menos en el plano político–. Aun así este proceso fue necesario para que algunas de nosotras lo tengamos, desde entonces, un poco más claro.

Pensamos que no es posible entender el triunfo de la democracia –y por tanto el fracaso de las luchas proletarias– sin fijarnos en el increíble peso protagonizado por la sectorialización de la lucha, en la articulación de propuestas en forma de demandas y en el reconocimiento de una autoridad superior que de estas dinámicas se desprende¹². La democracia debe su triunfo especialmente a la capacidad de fagocitar con todo discurso que no se le oponga directamente. Pensamos que esto se hace posible en el momento en que la figura del Estado se vuelve permeable a las demandas de una parte de la población a quien somete –de las cuales quedan excluidas presas, niñas, inhabilitadas y personas migradas sin papeles– posibilitando espacios para que afloren las demandas y se articulen las luchas sociales a partir de discursos inteligibles, haciendo que éstas puedan ser reconducidas del campo de la confrontación-empoderamiento al campo de la gestión institucional.

Es a raíz del proceso de democratización de la población durante los años 70 que las luchas populares –ya sea desde las asambleas de vecinas como de las asociaciones de padres y madres de alumnos, etc.– reconducen sus reivindicaciones hacia el campo de demandas, siendo ahogadas al entrar dentro del circuito burocrático de gestión municipal. Este proceso se da debido a la permeabilidad que desde los ayuntamientos y distritos –en el caso de Barcelona– se muestra frente a las problemáticas superficiales de la población, haciendo un flirteo con la democracia participativa. Este proceso resulta desmovilizador en tanto que da a una gran parte de la

¹² Con esto no queremos decir que las luchas parciales no puedan devenir revolucionarias ya que, en muchos casos (aunque no son la mayoría) estas luchas parten de posiciones sectoriales y, a medida que avanzan, van cogiendo una visión más global de la situación. Este hecho se da en aquellos contextos en los que las luchas son iniciadas por las propias afectadas en un ejercicio de acción directa y en la creación de sus propios mecanismos de defensa y autogestión. Es por esto que sabemos que no hay luchas reformistas sino métodos reformistas. Si una lucha se efectúa sin intermediarias entre las afectadas y el foco que genera el malestar da igual que se trate de un aumento salarial y que de entrada no se cuestione la misma figura del trabajo, de la misma manera que, por muy revolucionaria que de entrada parezca una lucha, si sus actrices no son las propias afectadas, será una lucha abandonada a la representación espectacular.

población despolitizada –y a mucha politizada también– la sensación de participación en el nuevo proceso que se abre durante la transición económica que domina el paso hacia el parlamentarismo. La legalización del Partido Comunista –¿para qué mantenerlo ilegal si en la práctica seguía la lógica democrática?– y los Pactos de la Moncloa, así como el posterior ascenso del PSOE, dieron por finalizado el proceso de democratización y la aniquilación de toda postura rupturista. Fijémonos actualmente en el caso protagonizado por Itziar González en la desmovilización de las luchas en el barrio de Ciutat Vella, que ha pasado de activista en el marco de conflictos vecinales como el del Forat de la Vergonya a concejal del distrito con la alcaldía de Hereu. En Barcelona es una constante desde las primeras elecciones municipales (1979) que el ayuntamiento ofrezca cargos de gestión a integrantes de los nombrados movimientos sociales. El paso del activismo a las instituciones justificaría la falsa ilusión de una colaboración ciudadana de izquierdas en el proyecto Barcelona, para el funcionamiento del cual se hace indispensable que cada una de sus miembros se crea partícipe o incluso socia.

Hacer habitable la perversión, tarea de las exrevolucionarias desencantadas

No podemos desligar esta renuncia, esta participación en la mejora del orden establecido, de una derrota política, de una resignación a darse por vencidas. No es gracias a las más reaccionarias que este sistema alimenta su perversión, no es por parte de ellas que la miseria se vuelve habitable y por tanto más infame. No es por parte de ellas que nacen las propuestas, los proyectos de participación, la integración o la reeducación social y las ayudas que vuelven soportable la miseria; no, no es por parte de éstas. Estas mejoras en las condiciones de existencia, este convertir la jaula en una urna de diamante, es gracias a aquéllas que han renunciado a todo cambio real, a toda ruptura con el orden establecido y que han optado por pulir las rugosidades que provoca el capitalismo haciendo menos evidente sus contradicciones y dificultándonos la oportunidad de encontrar cómplices, amigas, en nuestra lucha por su destrucción; desmovilizándonos, precisamente, movilizándonos hacia luchas parciales que no solucionan el problema sino que posibilitan que sigamos habitando en él.

La democracia, el Estado del bienestar y el keynesianismo que acabada la 2ª Guerra Mundial calmaron los ánimos revolucionarios de la mayoría de la población europea, aparecieron como concesiones de un capitalismo que veía peligrar su hegemonía ante un bloque soviético fuerte y de unas luchas proletarias que se extendían por todo el territorio. La socialdemocracia, a la caída del socialismo real –bloque soviético–, aparece como una defensa del estadio demócrata del dominio; en defensa de las concesiones que el aparato burgués hace a las clases dominadas para mitigar su descontento. El Estado del bienestar aparece como concesiones para la mejora de las condiciones de existencia de las trabajadoras en aquellos Estados donde las condiciones de consciencia no han superado el linde de malestar-sumisión a malestar-revuelta. Diferente ha sido en aquellos Estados en los que sí se vio desbordado este límite y donde la intervención estatal se ha decantado más por medidas represivas sabiendo que no sería suficiente con contentar a las masas. Las posturas reformistas, en un principio, han surgido de los sectores sociales que, viendo peligrar su hegemonía, han decidido dar concesiones a las luchas proletarias llevándolas hacia el campo de la articulación de demandas. Estas posturas nunca habían sido iniciadas por el proletariado; nunca hasta ahora.

Podríamos explicar esta derrota frente a la incapacidad –o a la dificultad– de encontrar referentes más allá de los que tenemos marcados, siempre en los márgenes de aquello que sabemos posible. Nuestras posibilidades se ciñen entonces a luchas de carácter no-estructural que se limitan a «mejorar» las condiciones de existencia en un sistema que sabemos y sentimos que de por sí nos condena a la miseria.

¿Por qué hablar de democracia? ¿Es que no tenemos nuestros propios términos?

La mayoría de nosotras, en un momento u otro, ante la aparente carencia de palabras que definan nuestro modo de organizarnos comúnmente, hemos decidido poner adjetivos que puedan ajustar lo que ya conocemos a nuestras voluntades emancipadoras. Así pues, han aparecido en boca de muchas de nosotras –o personas cercanas– términos como democracia directa, democracia inclusiva, deliberativa, participativa, horizontal, etc.

Al fin y al cabo, adjetivos que amoldan lo existente a nuestra necesidad de explicar un modo de organización que todavía desconocemos. El problema acontece en el momento en que las personas que sabemos que lo que queremos y por lo que luchamos es por una sociedad en la que nuestras actividades no se efectúen de manera separada las unas de las otras, ni a partir de nadie que medie nuestras relaciones, acabamos por separar entre lo político, lo económico, lo medioambiental o lo relacional¹³. Pensamos que esto se debe a la dificultad que tenemos de imaginarnos posibles más allá de los que ya conocemos y que acabamos por adecuarnuestras propuestas y discursos en base a mejoras sobre lo establecido imposibilitando así ningún tipo de ruptura real con lo preexistente. Esto se debe a la presión por parte de la lógica positivista/racional de elaborar un discurso propositivo en confrontación a lo que no queremos.

Si no utilizamos términos como democracia directa es porque no nos conformarnos con un modelo de organización estática, no queremos predefinir cómo tiene que ser nuestra manera de organizarnos mientras ésta no implique un abuso de autoridad. ¿Por qué ponerle un nombre a nuestro modo de organización social cuando ya disponemos de términos que nos orientan en nuestra lucha? Llamémoslo comunismo o anarquía; a veces nos perdemos en el camino.

¿Por qué ponerle adjetivos a la democracia? Anteponer otra democracia a la que ya existe parte de dos errores fundamentales: o realmente es algo opuesto a aquello que ya está –en su calidad– y entonces ya estamos hablando de otra cosa –¿por qué llamarle democracia entonces?–, o bien estamos hablando de lo mismo y lo que pedimos es más democracia. En este último caso no conseguimos salirnos de los límites que nos marca el capitalismo, más bien lo contrario.

¹³ Si nuestras miserias vienen marcadas por esta separación, su superación no puede venir por operar en una de sus partes. El cooperativismo no puede acabar con la explotación capitalista porque lo que quiere es gestionar el trabajo, de la misma manera que el asamblearismo no puede acabar con en Estado porque propone otra manera de administrar esta sociedad.

Y ahora, ¿somos capaces de hablar por nosotras mismas?

A base de hablar por las demás, a fuerza de hablar para las demás, hemos olvidado cómo hablar en primera persona. A base de repetición y rutina nos hemos descuidado de decir lo que realmente queremos y, por decir y volver a decir aquello que no hemos deseado realmente pero que nos imaginábamos mucho más comprensible para las otras, hemos acabado atrofiando nuestra palabra. La palabra que no es nuestra nos ha acabado invadiendo, ocupando un espacio al que pensábamos que no le habíamos dado entrada, instalándose y desarmando los gritos que todavía llevamos dentro. ¿Dónde están nuestras palabras? Colonizadas, decepcionadas, esperan impacientes que aprendamos a perder el miedo.

Es posible que el callejón sin salida en el que actualmente nos encontramos se deba –en buena medida– a la necesidad de que, inscritas en la tradición revolucionaria del pasado, nuestra lucha tenga una proyección aglutinadora, es decir, que la revolución será una cuestión de masas o no será. No estamos diciendo que la revolución –o incluso la insurrección– no tenga que ver con una unión de muchas más personas que no las que estamos actualmente, pero lo que sí que decimos es que demasiadas veces buscamos crear simpatía hacia nuestras luchas y que, por eso, éstas acaban despotencializándose. En un terreno marcado por el consumo y la mercancía, la voluntad aglutinadora acaba conformándose en la venta de un nuevo producto; al aproximar la revolución no como una cuestión de implicación y complicidad sino como una cuestión de atracción. La adhesión se da a partir de la necesidad de tener un discurso cómodo que sea agradable aunque no nos lo creamos, en vez de un discurso que pueda incomodar y provoque antipatía, a pesar de que sea el que pensemos. Preguntémonos si a partir de discursos que no provoquen ninguna distorsión en la normalidad seremos capaces de superarla.

En la amalgama de gente que pasea aislada y hermética por las calles de esta ciudad pocas tienen ganas de superar su miseria, pero hay, y es a ellas a las que nos tendremos que dirigir, conscientes que las palabras que buscan cómo crear rupturas sólo serán escuchadas por aquéllas que deseen una ruptura real, no por las que quieran palabras complacientes. Tan sólo

podemos hablar a aquéllas que tienen ganas de escuchar, aquéllas que están predispuestas. Lo que queremos señalar es que no encontraremos complicidades reales si no empezamos a hablar por nosotras y no por aquello que presuponemos que las otras querrán escuchar. Si emprendemos este debate es porque observamos que demasiadas veces ante la poca aceptación de nuestros discursos o ante la aparente carencia de simpatía por parte de «el resto de la población» nos sentimos impotentes y caemos en la inactividad o, por otro lado, buscamos actividades que puedan ser asumidas por la mayoría descuidando a las que en una asamblea multitudinaria no serían consensuadas. Este ideal aglutinador nos hace caer a menudo en luchas posibilistas; nos hace buscar afinidades allá donde todo discurso se vuelve ambiguo; allá donde nuestras luchas ya no implican una interrupción de la cotidianidad; allá donde no hay ruptura hay sólo una acomodación al espectáculo democrático, un fortalecimiento de éste. Si esperamos a actuar cuando todo el mundo esté de acuerdo lo más probable es que acabemos por no hacer nada. Nos hemos volcado a suavizar nuestro discurso, nuestras prácticas y nuestras formas para hacerlas comprensibles al resto debido a un estigma autoimpuesto –agravado por la supuesta y a veces inexistente opinión pública– que nos ha dificultado mostrarnos transparentes y que nos empuja a sentir como ilícitas nuestras prácticas habituales o nuestras vindicaciones.

La dificultad de crear sobre las cenizas

La única libertad que podemos saborear ahora se encuentra en la revuelta contra lo existente, en lo negativo que se pone manos a la obra, sin perder de vista que de lo que aquí se trata es de abrir la posibilidad de volver a hablar de lo positivo, de la construcción de algo nuevo. Como decían muchos viejos revolucionarios, la sociedad se fundará sobre las ruinas del viejo mundo.

«Autonomía... ¡no me jodas!» en
A Corps Perdú nº 2, agosto del 2010

Sólo podremos crear sobre las cenizas. Queremos la autogestión derivada de la intervención directa en nuestros propios conflictos, sin mediadoras, sin burócratas, sin especialistas. Todo está por crear: la esclava no sabe

qué puede ser, más allá de su esclavitud, hasta que niega su condición y se revela; mientras sigamos pensando que nuestras luchas las hacemos como trabajadoras no podremos salirnos de la demanda de mejoras en nuestras condiciones miserables de explotación; mientras no neguemos la miseria en la alienación del control sobre nuestras vidas no haremos más que perpetuar la continuidad del espectáculo. Sólo negándonos a ser aquello que somos en esta sociedad y buscando afinidades que vuelvan nuestra lucha una lucha colectiva podremos intuir la superación de nuestra condición. Ahora mismo no sabemos qué quiere decir ser más y lo confundimos a veces con tener más. Este ideal se enmarca dentro de los parámetros de los límites de lo posible, y aquello que sabemos posible es, hoy por hoy, infame. Si a principios del siglo pasado fue posible un imaginario colectivo que empoderase a la gente a luchar por la anarquía fue porque la anarquía era vivida, de manera embrionaria, en la cotidianidad de las relaciones sociales que existían en los barrios, ya fuera en los ateneos, en el apoyo mutuo o en las luchas obreras contra la patronal. Hoy por hoy, este imaginario no sólo no es colectivo sino que muchas de nosotras no nos acabamos de creer aquello que estamos haciendo. Tal y como señalaba el texto *Ai ferri corti*: «la cuestión es empezar a tomárselo en serio».

Cualquier lucha que quiera superar el orden actual precisa de dos frentes, uno ofensivo y otro defensivo. Actualmente el discurso democrático ha conseguido calar tan adentro que no somos capaces de defender aquello que verdaderamente podría ser nuestro –por carencia de imaginarios que lo confronten– y es por eso que no somos capaces de creernos la superación de las relaciones capitalistas. Por eso queremos apostar por el conflicto, por la negación contundente de aquello que nos precede, conscientes que tal como señaló alguien: «no lo habremos destruido todo hasta que hayamos destruido también los escombros». Es en este conflicto, como ya hemos señalado anteriormente, donde encontramos la vinculación auténtica con las demás y el germen de aquello que queremos defender.

Si no lo hacemos así, y normalmente no lo hacemos así, continuaremos reproduciendo en nuestras luchas aquello que pretendemos combatir. No sabremos salirnos de los imaginarios que esta sociedad nos brinda, por-

que a pesar de que busquemos libertad acabaremos creando más y más democracia. Esto lo podemos ver en los momentos de efervescencia en la lucha y el caso de la pasada huelga de septiembre es un buen ejemplo. Cuando vemos a la Asamblea de Barcelona como potencial aglutinante y de lucha ¿no estamos viendo también el reflejo de lo que podría ser un espacio de gestión política de la ciudad? ¿No serían los comités de huelga su versión en el barrio? No queremos desmerecer el trabajo hecho de cara a la huelga, pero sí queremos poner en cuestión que éste sea el modelo de funcionamiento al que aspiramos. Descentralizar el Poder no es eliminarlo sino hacerlo más local. No tenemos claro cuál sería la forma de funcionar más cercana a aquello que defendemos pero no nos acaba de convencer la creación de mini-parlamentos para solucionar el problema de los parlamentos.

¿Cuánta gente de nuestro alrededor se está cuestionando esto? ¿Cuántas compañeras de lucha sueñan con asambleas generales multitudinarias? ¿Queremos libertad o queremos democracia?

No sabemos lo que está por venir, no lo queremos saber, no nos gusta la idea de perder la posibilidad de disfrutar del camino o de hipotecarlo en beneficio de una consecución final. Ya nos estamos organizando y nos gusta vivir entre nosotras... pero no tenemos bastante. Nos apasionan los momentos en que nos encontramos juntas en las calles, en las plazas, en el huerto o descubriendo otras maneras de querernos más allá de las heteronormativizadas, pero no tenemos bastante. No tenemos bastante porque nuestra vida consta, hoy por hoy, sólo de pinceladas inconexas o de momentos de euforia colectiva en los que podemos discernir entre la vida y la cotidianidad; nos da miedo volver cada día a la normalidad. Es por eso que nuestro futuro pasa inequívocamente por creernos el presente y empezar a vivir como queremos desde ahora, siendo cada vez más las que experimentemos nuevas formas de relacionarnos confrontando el orden establecido. No queremos diferenciar entre medios y fines porque, al fin y al cabo, los fines están hechos de medios. Satisfacer nuestras necesidades materiales y sociales sin que vengan mediadas por el dinero es lo que queremos conseguir y sabemos que, actualmente, estamos carentes de referentes. No queremos ninguna transición hacia ningún estadio, es la pro-

pia insurrección, el propio conflicto y la manera como lo afrontemos lo que nos dará la clave, no por una sociedad futura, sino por una sociedad vivida desde el presente con todos sus aspectos en comunión. No pensamos que sea necesario ni deseable establecer cómo será el modelo organizativo que tendremos en un futuro. Lo que sí vemos necesario es que sólo entendiendo que en la confrontación con nuestros malestares más allá de la esfera íntima es donde encontraremos –y encontramos– la necesidad de cuidar nuestra relación con las demás buscando la mejor manera de realizar la comunidad humana. En un momento donde los malestares son resueltos en la individualidad y de manera, mayoritariamente, terapéutica a nosotras también nos cuesta ver la posibilidad de una organización social donde lo primordial sea la conservación de aquello común, de la comunidad. Nos cuesta, y es por eso que queremos descubrir cuáles son los frenos en la construcción de imaginarios colectivos que superen el orden actual. Anticiparnos cuando todavía desconocemos, si no por completo sí que de manera muy embrionaria, como serán las nuevas relaciones que emergerán de la intervención directa y común de la resolución de nuestros propios conflictos nos lleva a menudo a definir, según aquello que ya conocemos, las nuevas formas que vamos descubriendo paso a paso en la lucha. La obsesión de saber qué somos y cómo nos organizamos nos ancla a realidades que nuestras dinámicas ya han empezado a superar. Quizás, al fin y al cabo, podremos superar los modelos organizativos que conocemos y no nos satisfacen cuando nos dejemos de preguntar cómo, ya organizándonos, nos estamos organizando. No se trata de descubrir cuál es la organización ideal, sino de avanzar en la organización de nuestras afinidades, encontrándonos, descubriéndonos, cuidándonos.

No aspiramos a llegar a ningún buen puerto, nuestro camino está bajo nuestros pies. De la sinceridad y la consecuencia con la que demos los pasos depende que los imposibles que hoy sólo soñamos acontezcan realidad, creando situaciones que nos empujen a encontrarnos, agujereando la cotidianidad unidimensional, haciendo de la excepción el germen de una vida que intuimos pero que todavía desconocemos.

Motivos para la abstención activa anarquista: la guerra contra la democracia, el Estado y la autoridad

El anarquismo se ha caracterizado por poner sobre la mesa un conjunto de ideas fuerza recogidas de las experiencias prácticas en las luchas populares, que rompen con la lógica de las diversas fuerzas políticas (otros movimientos políticos) y por supuesto, del propio sistema estatal-capitalista. Del antiautoritarismo como eje central del anarquismo, parten diversos posicionamientos teóricos y prácticas que, como decíamos, se salen de la tónica habitual imperante no solo en el propio sistema y las relaciones que en este se vertebran, sino también de sus pretendidos opositores. Hablamos de la negación del principio de autoridad y, en consecuencia, de toda forma de gobierno de las personas sobre las personas. La no aspiración a la conquista del poder político, sino su eliminación, sirve por tanto de base para muchas posturas tácticas. Estas últimas, siempre en consonancia con los principios ideológicos (la coherencia entre fines y medios, otro hecho diferencial del anarquismo), dan fruto en concreto a la abstención activa que los y las anarquistas defienden en los periodos electorales.

Nuestra intención en estas líneas es explicar de forma sencilla todo lo que tiene tras de sí la táctica abstencionista: la crítica a la democracia como sistema de dominación y la propia abstención que los anarquistas proponen como postura de lucha y de propaganda en los periodos donde la farsa electoral echa a rodar.

La cuestión podría abordarse desgranando una cita atribuida a Bakunin:

“ejercer el poder corrompe, someterse al poder degrada”. Esta frase refleja que el poder es considerado por lxs anarquistas como fuente primaria de corrupción moral y material. No solo quien ostenta y sustenta el poder, fruto de la lógica interna de este, que tiende a perpetuarse y a proteger sus propios intereses (bajo cualquier forma) frente a aquellos que se ven sometidxs a ese poder, sino también la degeneración moral como persona de aquellxs que voluntariamente se someten a él. Someterse al poder implica perderse a sí mismo como sujeto consciente, la autoridad hace dependiente y mata la iniciativa individual y colectiva en pro de la obediencia como peleles.

Por lo tanto, la crítica al principio de autoridad podría definirse como la negación total de toda clase de dominio de las personas sobre otras personas, llámese dictadura o gobierno democrático, sean estas justificadas por ser los gobernantes “los más aptos” o los representantes de una construcción tan abstracta como irreal como lo es la “voluntad general”. Nadie tiene el derecho de gobernar y dirigir la vida de otras personas, son estas últimas, de forma colectiva y solidaria, quien conocen mejor la solución a sus problemas cotidianos, quien deben encargarse, a través de la puesta en común con sus semejantes, de tomar las riendas de su vida. En consecuencia, el sometimiento a la autoridad no es solo injusto al convertirse este siempre en la defensa de los intereses de las clases gobernantes sino también innecesario.

De otro lado, la dominación política que hemos explicado, va siempre acompañada de la dominación económica. No resulta difícil entrever la importancia del control de la producción de aquellos bienes y servicios necesarios para el normal desarrollo de la vida en sociedad: alimento, vivienda, etc. Por lo tanto, las clases dirigentes ejercen el control a través de la desposesión total de los y las oprimidas: la desposesión de su capacidad de dirigir sus propias vidas y la desposesión de la capacidad práctica y teórica de producir aquello que se considere necesario para la vida. Esto es una constante a lo largo de toda la historia.

Cuando la autoridad se cristaliza, se institucionaliza, se dota de una ordenación más o menos burocratizada en una cadena de mandos y, en

general, se racionaliza la perfección del dominio, llegamos a la máxima expresión del autoritarismo: el Estado. El Estado es una institución surgida como forma de dominio que se encargará de regular el control de las personas y proteger y defender los intereses de las clases privilegiadas. Obviamente, el Estado, ha sufrido cambios en su evolución histórica, oscilando entre distintas funciones y esferas de dominio sobre las personas: intentar regular en menor o mayor medida las relaciones económicas y humanas a través de la Ley, robar el fruto del trabajo a través de impuestos y proteger los intereses del poder frente amenazas internas o externas, a través de cuerpos militares armados y administrando la represión. Sin embargo, no fue hasta los albores de la edad moderna, cuando la clase burguesa, principal motor económico de la sociedad, y cuando una forma de economía muy novedosa y aún en pañales que vendría a llamarse capitalismo estaba surgiendo, cuando surgirían los actuales Estados modernos. El Estado moderno, especialmente bajo su forma democrática, está presente en todas las facetas de nuestras vidas: marca los procesos educativos, nos mantiene productivos a través de la regulación de la sanidad y establece las pautas bajo las cuales vamos a ser explotados por la clase empresarial en nuestros centros de trabajo. Sin embargo, el Estado, a través del discurso democrático, ya no solo va a ser una institución que se nos imponga desde fuera sino que a través de la asimilación de sus discursos y prácticas, y la total identificación con sus valores y el reconocimiento de estos como garantes del orden social, va a convertirse en una imposición que también opera desde dentro de nosotras mismas.

La Democracia y sus miserias

La Democracia moderna, obtiene su legitimización a través del sufragio universal. A diferencia de otras formas de Estado donde este se impone más como una fuerza del exterior hacia las personas, la Democracia logra (y es requisito indispensable para su funcionamiento) la aceptación y reproducción de su modelo de estructurar el Estado. La Democracia y su discurso se han llegado a convertir en un tipo de fundamentalismo religioso moderno. Aquellos que cuestionan la Democracia son demonizados. La clase política pasando por cualquier periodista e incluso ciertos sectores de la izquierda, todos, presentan sus discursos bajo la legitimidad

de la defensa democrática. A su vez, desde el mundo intelectual y académico, se entiende que las sociedades democráticas son la culminación de los procesos históricos, el máximo grado de desarrollo social y la perfección (o lo más aproximado a ella). Obviamente, todo esto no es casual, y todos estos discursos y prácticas son mecanismos del propio sistema democrático para reforzar su posición dominante como sistema de opresión.

Los sistemas democráticos, como toda buena religión, se apoyan en una serie de mitos y una serie de dogmas. Valores democráticos tales como la tolerancia, el pluralismo, la no-violencia, el consenso y el diálogo o la igualdad, son considerados pilares de la democracia como sistema ideológico dominante. Toda esta amalgama de valores ciudadanos, que merecerían un análisis extendido y propio de cada uno, no son sino mecanismos integradores en el proyecto democrático de una sociedad que, partida por las diferencias de clase y otros tantos intereses chocantes entre sí, encuentran en la democracia el marco de unión. Los oprimidos y explotados deben tolerar las condiciones de explotación, debemos aceptar las diversas líneas ideológicas (siempre que no se salgan de unos márgenes bien definidos) en nombre del pluralismo; y el conflicto social tiene, en caso de producirse, mecanismo de resolución dentro de las instituciones democráticas: la violencia queda reservada al monopolio del Estado, para defender dentro (y fuera) de sus fronteras la Democracia.

La igualdad, premisa principal de esta mentira, es a su vez otra tremenda falacia. En una sociedad basada en la propiedad privada, donde unos pocos tienen control y acceso a los medios necesarios para producir lo que necesitamos para vivir y desarrollarnos, y otra amplia mayoría debe vender su fuerza de trabajo para obtener un salario para vivir y aceptar las condiciones que los empresarios consideren, no puede haber igualdad. Hay una desigualdad estructural. La igualdad teórica en lo político (que también hace aguas) queda negada y sin validez ninguna cuando la desigualdad económica inunda nuestra realidad en nuestros barrios y centros de trabajo. Participar en la lógica del consenso democrático, por tanto, parte de una base desigual, y en consecuencia, si se acepta entrar en el juego, si se evita la confrontación directa, estaremos aceptando las

condiciones que por medio de la coacción de la fuerza económica y del Estado se nos imponen.

No hay modelo de Estado más beneficioso para el capitalismo que las democracias. Si bien es cierto, que este utiliza las formas dictatoriales en momentos puntuales de la historia (para aplastar a los movimientos disidentes y para impulsar la economía del libre mercado en ciertas etapas) nunca antes ha existido un marco legal tan legitimado en el que el capitalismo pudiera florecer. Del antiguo régimen, en el que el poder se concentraba en un puñado de personas, se pasó a nuevos modelos, donde el poder se entregaba a toda a una clase. La legislación, la Ley, se convertiría en garante reglamentador, de un sistema económico y social, injusto y asesino. Asesino, decimos, porque la burguesía organizó sangrientas revoluciones, guerras, expolios, saqueos, transformaciones en la vida de las personas que perturbaron la vida de personas como nunca antes en la historia, hambre... Todo ello y, hasta hoy en día, en nombre del progreso, la civilización y, por supuesto, la democracia y sus libertades.

El Estado moderno y de la mano de la ideología que la burguesía abrazó para justificar su proyecto de mundo nuevo, el liberalismo, construye una idea de persona que solo es en tanto que ciudadano del Estado. El ciudadano es un cascarón vacío moldeado según los intereses del Estado. De este modo, es solo a través de la figura del Estado como las personas encuentran su realización, cuando este es ciudadano. Con el desarrollo de las modernas democracias, el ser humano nunca es un ser íntegro y su vida se segmenta y se separa cada vez más: se es ciudadano, cuando el Estado te reconoce como tal; se es elector/a, en tiempo de democracia; se es trabajador/a cuando se produce; se es consumidor, cuando se compra... etc.

La base de la legitimidad democrática se encuentra en presentarse como sistema capaz de recoger la voluntad de una supuesta mayoría. A este respecto, cabría objetar muchas cosas desde diversas ópticas. En primer lugar, cabría destacar que la “mayoría” de la que hablamos, nunca es una mayoría numérica, es una mayoría “legal”. Con esto os referimos a que los ganadores de los comicios electorales, salen resultantes del partido

mayoritariamente votado, descontando quien no vota, quien no puede votar, quien vota a otro partido y según la manera en la que se distribuyan los votos según la ley electoral de turno. En cualquier caso, el resultado es que finalmente, los gobernantes no son sino una minoría que dirigirá y controlará nuestras vidas. De cualquier forma entendemos que ninguna mayoría puede imponerse sobre ninguna minoría ni viceversa. Negamos el derecho a que nadie decida por nosotrxs. Bajo ningún concepto. Como anarquistas, defendemos que la disparidad de intereses no puede resolverse bajo la imposición ni de minorías ni mayorías, sino a través de la búsqueda de soluciones colectivas, inspiradas en el apoyo mutuo y la solidaridad y la comunidad, que en base a trabajo horizontal, elabore compromisos en el que todos y todas decidamos.

La trampa democrática del voto y de la libertad de elección es otra desfachatez. Nuestra libertad está condicionada a, por supuesto, una serie de opciones controladas donde ninguna se escapa de unos márgenes concretos. Así por ejemplo, podemos elegir el modelo de coche que queremos (si podemos pagarlo, claro), leer prensa conservadora o liberal y votar a tal o cual partido (hasta de extrema izquierda). Por supuesto, no se contempla la posibilidad de opciones que rompan con la normalidad de la vida impuesta, son todas opciones controladas que no amenazan directamente al sistema. Aquellas prácticas e ideas que desborden los límites democráticos, son sistemáticamente ignoradas, marginadas, desprestigiadas cuando no silenciadas y reprimidas.

La democracia crea gobiernos (de la nación o de localidades) ampliamente legitimados socialmente. Los propios explotados elijen a sus amos. Una sociedad construida sobre la democracia genera gobernados y gobernantes. Uno sometidos al yugo de los otros. Resulta irónico quien espera de los gobernantes la defensa de los intereses populares y pretenden borrar de un plumazo la lógica de la posición del poder: perpetuarse y proteger sus intereses y de las clases privilegiadas garantizando así, de este modo, una relación simbiótica entre poder económico y poder político. La corrupción moral que supone aspirar a dirigir la vida de otros, se ve agravada ya dentro de la esfera del poder político. Todo aquél que, independientemente de sus buenas intenciones, llegue a las instituciones y las diversas

cámaras, acabará inmerso en una lógica que, para mantenerse dentro de ella, requiere jugar su juego: la corrupción es requisito indispensable si no se quiere que otros ocupen tu lugar por ti.

*Tal ha sido la eterna historia del poder político desde el momento mismo de establecerse en este mundo. Esto explica también por qué y cómo hombres demócratas y rebeldes de la variedad más roja mientras formaban parte de la masa del pueblo gobernado, se hicieron extremadamente conservadores cuando llegaron al poder. Por lo general, estos retrocesos suelen atribuirse a la traición. Pero es una idea errónea; en su caso, la causa dominante es el cambio de posición y perspectiva.*¹

La abstención activa anarquista

De todo lo anteriormente dicho se deriva la posición que los anarquistas toman frente a cualquier proceso electoral: la abstención. A diferencia de la abstención que algunos grupos marxistas o de la izquierda política propugnan, que se reduce a una cuestión de táctica: se abstienen cuando creen inminente la revolución y no quieren distraer fuerzas de la preparación revolucionaria (o simplemente cuando no ven un provecho útil en concurrir en las elecciones); votan cuando no tienen nada mejor que hacer y para ellos lo mejor es el trabajo minoritario, dado que rehúyen, por razones de clase, las agitaciones que pueden destruir el orden social. En realidad, están siempre en el buen camino: quieren un gobierno parlamentario y los electores que conquistan ahora les servirán para mandarlos un día a la constituyente. La abstención anarquista está ampliamente ligada a las finalidades de nuestro movimiento. Cuando llegue la revolución nos negaremos a reconocer los nuevos gobiernos que traten de implantarse, no queremos darle a ninguno un mandato legislativo; por tanto, tenemos la necesidad de que el pueblo tenga repugnancia a las elecciones, se niegue a delegar en otros la organización del nuevo estado de cosas, y que, más bien, se encuentra en la necesidad de actuar por sí mismo.²

¹ M. Bakunin. “Sobre el capitalismo, el estado y la democracia”

² E. Malatesta. “Nueva Humanidad. Escritos para la difusión del anarquismo”

Dicho de otro modo, la abstención activa es primero, una cuestión de principios, es decir, tal y como hemos explicado, el anarquismo propugna la necesidad de la coherencia entre medios y fines. No se puede aspirar a un mundo nuevo reproduciendo las lógicas que nos someten en el actual. En segundo lugar, es una ocasión perfecta para atacar al principio de autoridad en su ex-presión democrática. Quedarse en casa no es una opción en un momento donde los resortes democráticos calan entre la gente, es el momento propicio para desmontar las mentiras del Estado y su farsa democrática. Y, por último, es una postura táctica revolucionaria y de lucha. Los y las anarquistas entienden que el principio de delegación democrático, acostumbra a la gente a esperar que otros hagan y decidan por ellos, siendo una preparación futura para la inacción y el surgimiento de nuevas tiranías frente a la pasividad de las personas. Ante esto, los anarquistas llaman a la lucha constante ahora y en la revolución social, de forma directa por las propias personas de forma colectiva y solidaria, sin delegar en políticxs o instituciones cualesquiera.

La historia ha demostrado que las conquistas, cuando estas lo son auténticamente, no las hacen los parlamentos o los plenos municipales. Lo hacen solo cuando se ven contra la espada y la pared por la acción y la lucha del pueblo, como intento de marcarse el tanto o recuperar las luchas de la calle y llevarlas a las instituciones, donde acaban muriendo y los implicados acaban cayendo en la lógica derrotista de la delegación.

Por eso, frente a la farsa electoral:

¡No votes nunca!

¡Abstención activa!

Ni dictadura, ni democracia. Por la autoorganización y agudización del conflicto social

I

Hoy asistimos puntuales a un nuevo capítulo del ciclo histórico abierto por la insurgencia de las multitudes a finales del siglo pasado y comienzos de éste contra la ofensiva de la sociedad bélico-espectacular, capítulo que hoy se da cita en el territorio controlado por el estado venezolano. Punto de encuentro de contradicciones y conflicto, que fue llamado a inaugurar -con el Caracazo- tal ciclo de ascenso de la conflictividad social y política que tanto la oposición burguesa como el chavismo desean cerrar -con diferentes variantes y ritmos- a favor de la reestructuración de la sociedad capitalista.

II

En éste capítulo de la trama histórica se sitúan por un lado el gobierno y estado chavista, punta de lanza de los gobiernos progresistas latinoamericanos que hoy se debaten entre la retirada organizada y la desbandada, ya cumplido su rol de disciplinar y domesticar a las multitudes con el precio de las materias primas en alza mientras se adecuaban a las demandas del saqueo capitalista. Para luego implementar y realizar el ajuste y la represión que los gobiernos neo-liberales no pudieron realizar.

Así el gobierno encabezado por Nicolás Maduro y la canalla militar en la que se asienta y basa su poder de fuego, responsable de más de 250 asesinatos en protestas sociales desde 2013 a manos del aparato represivo- y en

los que se incluye más de 35 asesinatos en los últimos 10 días-, de centenas de ejecuciones extrajudiciales tanto en las calles y barrios como en las cárceles en los últimos lustros, de persecución, enjuiciamiento y asesinato a lxs luchadorxs sociales, enormes tasas de femicidios y travesticidios con complicidad y encubrimiento del poder judicial, además de los miles de casos de desnutrición y muertes en los hospitales.

Mismo gobierno que cedió el 15% del territorio al capital extractivista para la extracción de oro, bauxita, coltan, etc en minería a cielo abierto, con el Arco Minero del Orinoco-A.M.O- así adecuando al territorio y las multitudes a las exigencias del capital global y la construcción de la infraestructura para su saqueo (IIRSA), mientras profundiza la subordinación y la injerencia en el territorio de los estados rusos y chinos mediante préstamos, endeudamiento y concesiones.

III

Por otro lado la oposición burguesa, abanderada de la reconfiguración y actual ofensiva del capitalismo bélico-espectacular que se extiende en el territorio latinoamericano, vástagos de la vetusta oligarquía venezolana y su programa neo-liberal esbozado en su “Plan País”, donde verbigracia del empresariado y su totalitaria lógica de la ganancia esculpirían la reconstrucción nacional a manos del FMI y el capital global.

Misma oposición que actualmente le suplica a gritos a una facción milica descontenta en el reparto del poder, así apoyándose en el infame tio Sam y el derechaje latinoamericano y mundial para promover una salida e intervención a su favor en la disputa por la gestión del orden político y social al postular una eventual transición de las manos del militar y de la jauría imperial. Así el capital bélico-espectacular nucleado en los E.E.U.U y sus estados satelies son el arma que esgrime la oposición burguesa, para des-trabar el conflicto y marcar un antecedente en las formas de intervención del capital global en el territorio latinoamericano –forma de intervención que tiene su eco en el siglo pasado- para construir y consolidar una ofensiva de los estados y el capital en Latinoamérica así dar cierre al ciclo histórico abierto por el Caracazo.

IV

Nuestra propuesta: el conflicto. En este marco, no hay nada que valga la pena defender ni rescatar, llámese democracia, derechos, revolución, libertades democráticas, socialismo. No se hace la limpieza en una casa que se derrumba. La resistencia defensiva no tiene el más mínimo sentido sino como pasaje a la ofensiva autoorganizada desde las bases autónomas y horizontales agudizando la conflictividad social –a la que tanto le temen tanto la oposición burguesa y el chavismo- en las calles, barrios, campo, fábricas, liceos, universidades, etc.

Ya que ningún estado, gobierno o autoridad de cualquier índole resolverá los problemas de la multitud, incluso el problema de la multitud es la autoridad en todas sus manifestaciones, así solo la propia fuerza, el desarrollo de las organizaciones y métodos combativos al calor del conflicto social y su agudización mediante la acción directa, además de la necesaria coordinación de las acciones y extensión de la solidaridad como arma entre las multitudes, serían el derrotero que marcaría una brecha en el horizonte diferente a las tormentas conjuradas por el poder que se ciernen sobre nuestras cabezas. Es decir: La emancipación de las multitudes será obra de las multitudes mismas

NI MADURO, NI GUAIDO!
NI DICATDURA, NI DEMOCRACIA!
NINGUN ESTADO O IMPERIO NOS DARÁ LIBERTAD!
LA EMANCIPACIÓN DE LAS MULTITUD ES OBRA DE LA
MULTITUD MISMA!

Grupo de Afinidades Libertarias
Febrero, 2019.

Diez puñaladas a la política

No todos los hombres de Estado están pagados por el gobierno. Hay funcionarios que no ocupan un escaño en el Parlamento, ni tampoco en las estancias adyacentes.

La política es el arte de la separación. Ahí donde la vida ha perdido su plenitud, donde el pensamiento y la acción de los individuos han sido seccionados, catalogados y encerrados en esferas separadas, ahí empieza la política. Habiendo alejado algunas actividades de los individuos (la discusión, el conflicto, la toma de decisión colectiva, el acuerdo) a una zona de sí que –avalada por su independencia– pretende gobernar a todas las demás, la política es al mismo tiempo separación entre separaciones y gestión jerárquica de la compartimentación. Se muestra así como una especialización, obligada a transformar el problema en suspenso de su propia función en el presupuesto necesario para resolver todos los problemas. Es por eso precisamente que el papel de los profesionales de la política es indiscutible –y lo único que podemos hacer es sustituirlos de vez en cuando. Cada vez que los subversivos aceptan separar los diferentes momentos de la vida y cambiar –partiendo de esa separación– las condiciones dadas, se convierten en los mejores aliados del orden del mundo. Y precisamente porque aspira a ser una especie de condición básica de la vida misma la política exhala por todas partes su aliento mortífero.

La política es el arte de la representación. Para gobernar las mutilaciones infligidas a la vida, constriñe a los individuos a la pasividad, a la contemplación del espectáculo montado sobre su propia imposibilidad de actuar, la delegación irresponsable de sus propias decisiones. Entonces, mientras que la abdicación de la voluntad de determinarse a sí mismos transforma a los individuos en apéndices de la máquina estatal, la política recompo-

ne en una falsa unidad la totalidad de los fragmentos. Poder e ideología celebran así sus funestas nupcias. Si la representación es lo que despoja a los individuos de su capacidad de actuar, ofreciéndole en contrapartida la ilusión de ser participantes y no espectadores, esta dimensión de la política reaparece siempre allí donde alguna organización suplanta a los individuos y algún programa los mantiene en su pasividad. Aparece siempre ahí donde una ideología une lo que en la vida está separado.

La política es el arte de la mediación. Entre la su-puesta totalidad y la singularidad, y entre los individuos. Al igual que la voluntad divina necesita sus propios intérpretes y representantes terrestres, la Colectividad necesita sus propios delegados. Al igual que no existen en la religión relaciones entre los hombres, sino sólo entre los creyentes, no son los individuos los que se encuentran en la política, sino los ciudadanos. Los vínculos de pertenencia impiden la unión, porque sólo en la diferencia desaparece la separación. La política nos vuelve iguales porque no hay diversidad en la esclavitud – igualdad ante Dios, igualdad ante la ley. Por esto al dialogo real, que niega la mediación, la política lo sustituye por su ideología. Toda política es una simulación participativa. Toda política es racista. Sólo derribando sus barreras en la revuelta podremos encontrar a los demás en su y en nuestra singularidad. Me rebelo luego existimos. Pero si nosotros existimos, adiós revuelta.

La política es el arte de lo impersonal. Cada acción es única y particular. Cada acción es como la fugacidad de una chispa que huye del orden de la generalidad. La política es la administración de ese orden. “¿Qué quieres que sea una acción frente a la complejidad del mundo?” Así argumentan los durmientes en la doble somnolencia de un Si que es nadie y de un Más tarde que es nunca. La burocracia, siervo fiel de la política, es la nada administrada con el fin de que Nadie pueda actuar. Con el fin de que nadie reconozca jamás su propia responsabilidad en la irresponsabilidad generalizada. El poder ya no dice que todo está bajo control, al contrario dice: “Ni siquiera yo consigo encontrar los remedios, imaginaos cualquier otro”. De ahora en adelante la política democrática se basa en la ideología catastrofista de la emergencia (“O nosotros o el fascismo, nosotros o el terrorismo, nosotros o lo desconocido”). La generalidad, también la an-

tagonista, siempre es acontecimiento que no acontece y que anula todo lo que acontece. La política invita a todos a participar en el espectáculo de estos movimientos permaneciendo inmóviles.

La política es el arte del aplazamiento. Su tiempo es el futuro, es por eso que nos encierra a todos en un presente miserable. Todos juntos, pero mañana. Cualquiera que diga “Yo y ahora” arruina, con esta impaciencia, que es la exuberancia del deseo, el orden de la espera. Espera de un objetivo que salga de la maldición de lo particular. Espera de un grupo en el que no poner en peligro las propias decisiones y esconder las propias responsabilidades. Espera de un crecimiento cualitativo adecuado. Espera de resultados cuantificables. Espera de la muerte.

La política es la constante tentativa de transformar la aventura en porvenir. Pero sólo si “yo y ahora” decido puede existir un nosotros que no sea el espacio de una recíproca renuncia, la mentira que nos vuelve a unos controladores de otros. El que quiera actuar ahora es mirado siempre con recelo. Si no es un provocador, se dice, ciertamente actúa como tal. Pero es el instante de una acción y de un placer sin mañana el que nos lleva a la mañana siguiente. Sin la mirada fija en las agujas del reloj.

La política es el arte del acomodamiento. Esperando siempre que las condiciones estén maduras, se acaba tarde o temprano aliados con los amos de la espera. En el fondo la razón, que es el órgano de la dilación y del aplazamiento, ofrece siempre un buen motivo para ponerse de acuerdo, para limitar los daños, para salvar algún detalle particular de un todo que se desprecia. La razón política tiene ojos aguzados para encontrar alianzas. No todos son iguales, nos dicen. Rifondazione Comunista no es como es a derecha peligrosa y rastrera. (No votamos por ella en las elecciones – somos abstencionistas – pero los comités ciudadanos, las iniciativas en la calle, son otra cosa). La sanidad pública será siempre mejor que la asistencia privada. Un salario mínimo garantizado será siempre preferible al paro. La política es el mundo de lo menos malo. Y resignándonos a lo menos malo, aceptamos paso a paso este todo, dentro del cual sólo nos conceden las preferencias. El que en cambio no quiere saber nada de este menos malo es un aventurista, o un aristócrata.

La política es el arte del cálculo. Para que las alianzas sean provechosas hay que conocer los secretos de los aliados. El cálculo político es el primero de los secretos. Es necesario saber por dónde pisamos. Hay que hacer detalladas relaciones de los esfuerzos y los resultados obtenidos. Y a fuerza de medir lo que se tiene, se acaba consiguiendo todo, salvo la voluntad de ponerlo en juego y de perderlo. Se acaba siempre sin dar mucho de sí, atentos y con prisas para pedir la cuenta. El ojo fijo sobre lo que nos rodea, no olvidándonos nunca de nosotros mismos. Alerta como policías. Cuando el amor a uno mismo se vuelve excesivo, exige ser propagado. Esta sobreabundancia de vida nos hace olvidarnos de nosotros mismos, nos hace perder en la tensión del arrebató, la cuenta. Pero el olvido de uno mismo es el deseo de un mundo donde valga la pena perderse, de un mundo que merece nuestro olvido. Es por eso que el mundo tal y como es, administrado por carceleros y contables, tiene que ser destruido – porque podemos darlo todo sin contar. Ahí comienza la insurrección. Superar el cálculo, pero no por defecto, como lo recomienda el humanitarismo que paso tras paso termina siempre aliándose con el verdugo, sino más bien por exceso. Ahí termina la política.

La política es el arte del control. Que la actividad humana no se libere de las cadenas del deber y del trabajo para revelarse en toda su potencialidad. Que los obreros no se encuentren en tanto individuos y no paren de dejarse explotar. Que los estudiantes no se decidan a destruir los colegios para elegir cómo, cuándo y qué aprender. Que los familiares no se enamoren los unos de los otros y no dejen de ser los pequeños siervos de un pequeño Estado. Que los niños no sean más que la copia imperfecta de los adultos. Que no acabemos con las distinciones entre los (anarquistas) buenos y los (anarquistas) malos. Que no sean los individuos los que se relacionan, sino las mercancías. Que no se desobedezca a la autoridad. Que cuando alguien ataque las estructuras del Estado se diga enseguida “que eso no es obra de compañeros”. Que los bancos, los tribunales, los cuarteles no salten por los aires. En suma, de que no se manifieste la vida.

La política es el arte de la recuperación. La forma más eficaz para desalentar toda rebelión, todo de-seo de cambio real, es presentar a un hombre de Estado como subversivo, o – mejor aún – transformar a un subversivo

en un hombre de Estado. No todos los hombres de Estado están pagados por el gobierno. Hay funcionarios que no ocupan un escaño en el Parlamento, ni tampoco en las estancias adyacentes; más bien al contrario, frecuentan los centros sociales y tienen un conocimiento discreto de las principales tesis revolucionarias. Disertan sobre la potencialidad liberatoria de la tecnología, teorizan esferas públicas no estatales y la superación del sujeto. La realidad – lo saben muy bien – es siempre mucho más compleja que cualquier acción. Así, si conciben una teoría total, es solo para poder olvidarla totalmente en la vida cotidiana. El poder lo necesita porque – como ellos mismos nos señalan – cuando nadie le critica, el poder se critica por sí mismo.

La política es el arte de la represión. Del que no separa los diferentes momentos de su vida y quiere cambiar las condiciones dadas partiendo de la totalidad de sus propios deseos. Del que quiere quemar la pasividad, la contemplación y la delegación. Del que no se deja suplantar por ninguna organización, ni inmovilizar por ningún programa. Del que quiere tener relaciones directas entre individuos y hacer de la diferencia el espacio mismo de la igualdad. Del que no tiene un nosotros sobre el que jurar. Del que perturba el orden de la espera porque quiere sublevarse de inmediato, no mañana, ni pasado mañana. Del que se entrega sin esperar contrapartidas y se olvida por exceso. Del que defiende a sus compañeros con amor y determinación. Del que sólo ofrece a los recuperadores una única oportunidad: la de desaparecer. Del que rechaza pasar a engrosar las incontables filas de los pícaros y los apáticos. Del que no quiere ni gobernar ni controlar. Del que quiere transformar el futuro en una aventura fascinante.

Traducido de *Il pugnale*, publicación anaquista de número único,
Italia, mayo de 1996

En este momento, no cree en nada, esta pequeña ciudad cansada. Sus habitantes duermen mal, trabajan de mal humor y van a veces al cine o al bar. Leen los periódicos que, con sus grandes titulares sensacionalistas sobre la última muerte no dilucidada, su miedo a un análisis diferente del de los combates de boxeo y los enigmas policiales, tanto como su confusión

intelectual, son hechos para la gente fatigada que no tienen la fuerza para disfrutar nada más que emociones bien temperadas. Hay que cuidarse de buscar aquí lo que hay de “típicamente francés” porque por todas partes nos encontramos con esta especie de personas pobres, infelices y nerviosas, al igual que esta forma de hibernación permanente que es la trágica forma de vida del europeo pobre y desgarrado de la posguerra.

Stig Dagerman, *Une petite cité aux habitants fatigués*,
14 de abril de 1948

A sangre fría: sobre las concentraciones, el referéndum y la democracia cómplice.

Conspiración de Células del Fuego

A veces es útil mantener una distancia de los acontecimientos antes de hablar de ellos. La anticipación y el tiempo congelado del cautiverio en prisión aceleran, sin embargo, la distancia imperturbable de los eventos. Una distancia auto-determinada te da la oportunidad de observar detalles que son usualmente ignorados y derribados por el momento de intensidad de las condiciones de sangre caliente. Así que, como se suele decir, “el diablo se esconde en los detalles”...

I) La subida antes de la caída (o, esto es los Balcanes, no pueden dar vueltas sin hacer nada...)

Las últimas pocas semanas en Grecia son el tiempo concentrado de muchos años de crisis económica internacional. En este periodo en Grecia el motor de la historia se está acelerando, creando una nueva realidad de esclavitud. Las cadenas de la economía están estrangulando, una vez más, la vida de una manera aún más sofocante. Toda nuestra existencia está estrellada bajo el peso de los números de la economía, memorándums, impuestos, bancos, mercado y reglas del juego financiero... Sin embargo, como ya se ha escrito, la economía no es sólo números colocados en una fila prolija; es el resultado de las relaciones sociales jerárquicas reflejado en el idioma de los números del dinero. Permitámonos, por lo tanto, retroceder un poquito en el tiempo. Porque Grecia, antes de convertirse en el centro de la crisis del motor del capitalismo global y el campo de pruebas para las pruebas del choque económico, había experimentado su propio milagro económico.

Desde 1980 y en adelante, la sociedad y la economía griega han estado transformándose. El cambio político en el poder a través de la entrada de la socialdemocracia y el Estado social trae consigo los “regalos” de desarrollo económico y promesas de propiedad insignificantes, promesas de carrera de negocio y dinero fácil. En estas condiciones, la clase pequeño burguesa y sus sueños son desarrollados. La sociedad griega busca su propio modelo de éxito imitando las maneras de los países europeos “desarrollados”. La caída del bloque del Este, a principio de los años 90, y el colapso de los regímenes comunistas desencadenan un campo inexplorado de cambios sociales. Grecia, siendo el único país capitalista en los Balcanes, se convierte en la Tierra Prometida para cientos de miles de inmigrantes quienes cruzan las fronteras para disfrutar el “paraíso” de la libertad. Las fronteras, sin embargo, que separan el Cielo del Infierno son a menudo imperceptibles.

Para los jefes locales los inmigrantes de los Balcanes y los países del bloque del este anterior son mano de obra barata, cuerpos forzados a trabajar exhaustivamente en condiciones de esclavitud. Para una parte de la sociedad griega, no sólo en ciudades, sino que en zonas rurales también, los inmigrantes son mano de obra infravalorada usada en trabajos pesados, mano de obra a ser explotada, insultada y utilizada para alimentar el levantamiento de la droga psicológica nacional. Como un viejo eslogan decía: “Grecia se convirtió en los EE.UU. de los Balcanes”. La capital griega crece y la pequeña burguesía se da aires, ya que disfruta del milagro griego del crecimiento económico que se refleja en la compra del segundo coche, la compra de una nueva casa y la riqueza se muestra... Ahora, la pequeña burguesía no se contenta sólo con la compra y posesión de objetos, ahora los seres humanos consumen a los seres humanos. Mientras tanto, la visión europea de la Comunidad Económica Europea (EEC) aumenta el prestigio europeo de sociedad griega moderna. El encanto cosmopolita de “ser europeos/as” deslumbra y oculta el potencial verdadero del imperio económico europeo cuyo objetivo es crear (al principio) términos de dependencia económica transnacional y la esclavitud de la gente. Durante los primeros años del modelo de la Comunidad Económica Europea, el dinero fluye en abundancia al igual que las promesas para el desarrollo futuro. Subsidios, apéndices, programas de apoyo económi-

co, deslumbran a la sociedad griega de la misma forma que los espejos de los/as conquistadores/as deslumbraron a lxs nativxs. El intercambio es la dependencia económica total de la dirección central de la Unión Europea, por el control de la economía nacional. Por lo tanto, el modelo tradicional de la tiranía económica nacional de los/as jefes/as locales se suma al despotismo económico internacionalizado moderno. En todos los casos, el mundo sigue girando en torno a ejes económicos que, sin importar la administración (gobernante nacional o internacional) encadenan nuestra existencia.

Todo esto es el esquema de un mundo que ha substituido la vida por la circulación lisa de los productos del dinero y de consumo. “Debemos aprender siempre a poner la lógica antes de la emoción”; estas son las declaraciones de la ministra de economía de Cyprian, durante las reuniones europeas recientes con respecto a la crisis económica en Grecia. Se requerirían varias páginas con notas laberínticas, definiciones económicas, porcentajes y muchos números para analizar y describir el modelo económico moderno. La única relación que podemos compartir con la terminología de la economía, sin embargo, como anarquistas, es absolutamente hostil. Además, hemos dicho antes que la economía no es números y tablas de estadísticas; es una relación social. Es una relación caníbal en la cual las sonrisas y la felicidad de los/as jefes/as se construyen sobre el pillaje y la explotación de sus vasallos/as. El motor económico se alimenta con toneladas de sudor mal pagado, sangre de accidentes laborales, arcos de trabajadores/as disciplinados/as y también la feliz ignorancia de los/as esclavo/ass asalariados/as que se transforman en clientes/as y se encierran en sus jaulas. Hoy, después del desvanecimiento del sueño de la felicidad económica, Grecia está experimentando la pesadilla del canibalismo económico. No es sólo los escándalos financieros de las empresas, del soborno, ni la arrogancia de la corrupción de los/as políticos/as; que es en sí la patogénesis del sistema económico. La economía capitalista (lo mismo se aplica a cada sistema económico), con el fin de sobrevivir, produce sus propias exclusiones, sus propios engranajes defectuosos, sus propios “superfluos útiles”...

Grecia es el engranaje defectuoso del motor económico. La caída de los

“E.E.U.U. de los Balcanes” es, como cada caída, violenta y súbita. Parte de una sociedad griega que se había acostumbrado a la riqueza fácil y rápida vive ahora los escombros de sus sueños. La crisis financiera, los recortes fiscales, las filas en los comedores comunitarios y los suicidios contribuyen al genocidio social de nuestros días. Un genocidio que es tanto físico como moral, en base a las decisiones de la autoridad pero también en la aceptación y cómplices sonrisas silenciosas de parte de una sociedad que se sentía como un rey durante el año del adelanto griego. Así, Grecia se convierte ahora en la escena central del teatro sobre el desafío de la crisis económica capitalista internacional. En los últimos años en Grecia un experimento económico está llevándose a cabo, un experimento en el cual detrás del colapso de los índices bursátiles, se encuentra el colapso de los/as seres humanos/as. El experimento no es qué número del mercado va a permanecer, sino más bien el desafiar el aguante de los/as seres humanos/as. El dinero, además, no crea beneficio en sí mismo, lo que lo produce es la explotación humana. El motor de la economía se alimenta en primer lugar con el obturador de los seres humanos y luego da a luz a la circulación del dinero. La pregunta, por lo tanto, no se trata de la supervivencia o la reforma de la economía, sino sobre si elegimos vivir como humanos/as o esclavos/as ...

II) El adormecimiento del entorno anarquista y las lecturas convenientes de la historia.

Hablando de hoy, donde algunas personas ven la crisis económica, nosotros como anarquistas podemos ver una oportunidad. Una oportunidad para descarrilar el tren de la historia. Una oportunidad para causar una grieta en la armadura del centro económico de la autoridad. La crisis económica provocada por el capitalismo a su mecanismo crea un cortocircuito en el sistema que podemos utilizar a nuestro favor y para ampliar la ruptura con lo existente. El dilema es puntual; o bien aumentar las posibilidades de una desestabilización violenta y armada del sistema o nos perdemos en la asimilación siguiendo los caminos de las alternativas reformistas, de la asignación de esperanzas y del discurso de oposición reformadora. La respuesta será juzgada por la historia y cada uno deberá enfrentarse a sí mismo y su dignidad ...

En Grecia, la llegada del gobierno de la izquierda trajo consigo ilusiones y visiones de justicia social para un público ansioso de consumir esperanza. Muchos olvidan que la manera más drástica de liberarse es en primer lugar deshacerse de los/as autoproclamados/as salvadores/as y “libertadores/as”... Entre el público de los/as consumidores/as de esperanza hay una parte del ámbito anarquista. Algunxs anarquistas (...) creen que la autoridad de la “izquierda progresista” creará las oportunidades para la radicalización dentro del sistema, mientras que otros/as oportunistas se presentan como los/as más “coherentes” del entorno, se transforman en comunistas y asumen el papel de oposición de ultra izquierda dentro de los límites de la legalidad y del activismo simbólico. En pocas palabras, la prevalencia del gobierno de izquierda desencadena más adormecimiento al ámbito anarquista que el sector conservador de la autoridad. En fin, sin embargo, para ser coherentes con la historia, el adormecimiento del ámbito anarquista no se inicia en Grecia con la llegada de la autoridad de izquierda.

Ya a partir de septiembre de 2009, cuando comenzó la operación represiva antiterrorista contra Conspiración de Células del Fuego, una parte del entorno anarquista comenzó a ideologizar su miedo y tomó distancia de las prácticas insurreccionales. Sobre todo a partir de 2012 y en adelante se ven los primeros indicios de la tendencia de la comunización dentro de los círculos anarquistas, que se presenta a sí misma como una expresión de maduración política de la anarquía. De hecho, hoy en día, muchos de los/as comunistas de nuevo cuño, han tomado libertades con esta práctica, denunciando las prácticas de ataque anarquista como un comportamiento de inmadurez política y de pubertad descabellada que desencadena la represión hacia el movimiento anarquista. No es casualidad que, dentro de asambleas abiertas, se encontrara lugar para las mentalidades que reprueban directamente y también amenazan a todxs lxs que se desvían de la “posición central” del movimiento y promueven prácticas insurreccionales expresadas en el aquí y el ahora...

Seguramente hay debilidades y tiros fallados en la vorágine de los acontecimientos insurreccionales. Esto, sin embargo, lleva adelante la apuesta por su superación a través de la evolución de la auto-organización y de

nuestra peligrosidad en la lucha contra la autoridad, y no debe provocar intentos de imponer artículos comunistas de asociación que establezcan los límites permisibles del movimiento. Además, la “inmadurez de la adolescencia eterna de lxs anarquistas” es mucho mejor que el envejecimiento prematuro y la conservadurización de los/as neo-comunistas.

Y así es como llegamos a la actualidad. Obviamente, la historia nunca espera a nadie. Al mismo tiempo que el ámbito anarquista se atrapa a sí mismo en la profunda oscuridad de su introversión y la politiquería, la máquina capitalista utiliza Grecia como su campo de pruebas. El estrangulamiento económico que está desatando el imperio de la Unión Europea provoca la polarización social y reacciones. La existencia del gobierno de izquierda espesa la niebla de la confusión ya que todavía está comercializando la esperanza del cambio social. En las grandes concentraciones pro-gubernamentales que se organizan participan una diversidad de personas y creencias, desde votantes gubernamentales, sindicalistas y personas indignadas, patriotas hasta la ultra izquierda y anarquistas. Por el contrario, un frente conservador pro-Unión Europea se forma con la consigna central: “Nos mantenemos en Europa”. Un frente patrocinado por los defensores de la burguesía, con el apoyo de los/as dueños/as de los medios de comunicación, expresada por periodistas y formada por derechistas, votantes conservadores/as, asustados/as espectadores/as, arribistas y personajes de los medios sociales. Un campo confuso de contradicciones domina en ambos casos. Sin embargo, una parte del ámbito anarquista (principalmente los/as neo-comunistas) trata de hacer una lectura diferente de la realidad. Ya sea por incapacidad de percepción política o por conveniencia política, este sector utiliza una retórica que no corresponde a los hechos. Algunos de ellos desentierran desde el cofre de la memoria condiciones y caracterizaciones de la 2ª Guerra Mundial y de la guerra civil griega... Tratan de hacer comparaciones históricas absurdas entre el pasado y el presente en situaciones diferentes.

Además, son los/as mismos/as que tratan de crear un puente de conexión política entre los sucesos de las plaza de Ucrania y Meydan y las concentraciones en la plaza Syntagma. Así, según ellos/as, la pequeña burguesía conservadora, los/as votantes de labios blancos de “Potami” y los/as

espectadores/as nacionales de “Nos mantenemos en Europa” serían los/as descendientes de los/as paramilitares griegos/as colaboradores de los/as nazis durante la 2ª Guerra Mundial y la representación griega de la organización ucraniana paramilitar Sector Derecho... Estamos hablando de la misma multitud que aplaudió como principales conferenciantes de sus concentraciones a celebridades televisivas, intelectuales adictos/as a las apariciones en televisión y obsoletos/as ex campeones/as olímpicos/as. Estamos hablando de la misma multitud de 8-10.000 personas que, en el contexto del pluralismo democrático, coexistieron con la contra manifestación de 200 comunistas que tuvo lugar a pocos metros de distancia para gritar y lanzar dos tazas de café. Mediante el uso de la retórica de las comparaciones, cualquier persona puede entender lo que habría sucedido si los/as 8-10.000 asistentes realmente hubieran sido la representación griega de Sector derecho y se encontraran con los 200 (neo) comunistas.

Si esto no es, por tanto, falta de evaluación política, entonces el uso de condiciones políticas y sus comparaciones respectivas intensamente cargadas de emocionalidad (acontecimientos de la guerra civil, acontecimientos en Ucrania) no sólo son politiquería sino también faltan el respeto y profanan la memorias de lxs caídxs en tales acontecimientos. A pesar de la práctica de “si la realidad no está de acuerdo con nosotros/as, tanto peor para la realidad”, este tipo de trucos y de oportunismo provoca aversión. Al mismo tiempo, otra parte de anarco- (neo) comunistas intenta dar una lectura superficial e ingenua de las concentraciones pro-Unión Europea de la plaza Syntagma. Se hace referencia a “la paternidad de la burguesía” en la plaza Syntagma, a los “habitués Kolonaki” y las “damas Ekali”. Se trata, de esta manera, de coserse para sí mismos/as el traje de “defensores/as de los/as pobres” e intentan intervenir en la concentración pro-Unión Europea. Sin embargo, los/as dueños/as de la riqueza y la aristocracia de Kolonaki y de Ekali no se reunían en las calles y plazas. Ellos/as utilizan otros tipos de mecanismos para proteger sus intereses (los medios de comunicación, mercenarios/as armados/as). Ellos/as nunca se ensucian las manos, ni se mezclarían con la multitud de sus seguidores/as sumisos/as. Nosotrxs lo hemos dicho antes; la mayoría de los europeístas de Syntagma es carne de la carne de la pequeña burguesía, de los conservadores de clases sociales bajas y de los arribistas y personajes de los medios de co-

municación ... Pueden, por tanto, no ser los modernos “Mpourantades”, ni los paramilitares de Sector de Derecho, ellos/as pueden, sin embargo, reaccionar con la violencia de la turba cuando 30 personas tratan de intervenir provocativamente en su encuentro de 8.000 personas ... Los resultados son conocidos, ya que los grupos responsables de la intervención fueron tratados con hostilidad, algunos de ellos fueron golpeados por la violencia de una turba estúpida y, al final, detenidos por la policía. Por supuesto, el problema no es la “derrota” operativa, sino el error de percepción mismo que esperaba encontrarse con la concentración cosmopolita de la aristocracia de Ekali y en realidad se enfrentó a la turba de los/as sumisos/as.

Nuestra propuesta en relación con estos acontecimientos es clara.

La primera opción es dar la espalda a este circo de contradicciones y organizar nuestras propias estructuras políticas autónomas, con el objetivo de derribar la polarización basada en pseudo-dilemas y reconstruirla sobre la base de la verdadera ruptura entre la libertad y la sumisión, entre la dignidad y la esclavitud, entre la insurrección anarquista y la muerte social.

La otra opción es participar en el archipiélago de las contradicciones pero manteniendo afiladas nuestras características políticas, disolviendo las contradicciones a través de actos agresivos claros con el fin de desviar la polarización hacia la ruptura. En esta elección, no hay lugar para las contra manifestaciones pacifistas contra las convocatorias de la oposición de derecha, que en el contexto del pluralismo democrático pueden ser asimilables y vistas como “presencias pro-gubernamentales de simpatía y apoyo”. No hay espacio ni para las intervenciones simbólicas que buscan 15 minutos de publicidad y quedan expuestas a la agresividad de la mafia conservadora. Hay que rechazar el simbolismo ruidoso e inofensivo y atacar primero, apuntando específicamente a los/as principales representantes y exponentes del espectro conservador de la autoridad. Asaltos armados, incendios intencionales, sabotajes, golpes contra los medios de comunicación, periodistas y políticos/as, acompañados de un claro discurso anarquista que exacerbe la atmósfera y que por su contexto ilegal y violento no pueden llegar a ser asimilados por la retórica izquierdista

de la autoridad (pseudo) reformista. Por desgracia, aparte de unas pocas excepciones, ha habido una inacción ensordecedora por parte de los/as anarquistas. Algunos/as de ellos/as se convirtieron en seguidores/as de la pauta izquierdista de la autoridad y algunos/as otros/as se hundieron en el silencio y la crítica sin riesgos... Se perdió una oportunidad.

III) La amnesia anarquista y los tranquilizantes del realismo político.

Y así llegamos al ritual del referéndum. Una propaganda repugnante de los/as periodistas precedió al referéndum, a favor del imperio de la Unión Europea que, como se demostró, produjo los resultados opuestos. Las exageraciones utilizadas y la actitud provocadora de los/as lacayos/as de la mentira, irritaron los últimos reflejos de una parte de la sociedad y les condujo a negar, incluso temporalmente, la propaganda del miedo. El resultado del referéndum, a través de la victoria triunfal de “NO” daña el prestigio de la Unión Europea y de sus fieles seguidores/as. Al mismo tiempo, sin embargo, el referéndum engrosa la frustración. Por un lado, votando “NO”, se renueva la delegación de la esperanza al gobierno de izquierda – que ahora, sin embargo, resultó ser cobarde, tímido y poco dispuesto a jugar el papel de “salvador del pueblo”, ya que, de hecho, se inclina ante la dinastía de la oligarquía europea y firma un nuevo tratado de esclavitud (el tercer memorándum). Por otro lado, el entorno anarquista está cortocircuitado por sí mismo. Una parte de este, señalando la razón del realismo político y la venida de la edad de la anarquía, difunde abiertamente propaganda sobre la participación en el referéndum, a favor del “NO”... Otra parte del entorno, más consistente al anarquismo clásico, permanece claro y llama a la abstención consciente... La aplastante victoria del “NO” inyecta, en un primer momento, el entusiasmo en los/as anarquistas que votaron, que se regocijan y sueñan con el despertar social masivo. Pero cualquiera que se queda dormido/a con esperanza pronto podría despertar de pesadillas. Los últimos acontecimientos (el voto del tercer proyecto de ley sin tensiones sociales, a excepción de los ataques del bloque negro perteneciente al sector confrontacional del ámbito anarquista) hacen que sus gritos de “contraataque de clase” suenen como un eco en el vacío. La prevalencia de “NO” después del referéndum es sin

duda molesta al poder tecnocrático, perturba a la oligarquía conservadora y desorganiza la fuerza de la propaganda de los medios de comunicación. Sin embargo, al mismo tiempo, el procedimiento del referéndum ratifica la delegación de nuestras vidas a los/as aspirantes a “salvadores/as”

Creemos que hay una necesidad de escribir de nuevo, desde el principio, el alfabeto anarquista, con el fin de resolver la confusión de nuestros días. Votar, como sea, delega la opción de tomar nuestra vida en nuestras propias manos y la pone en manos de los/as futuros/as gestores/as de la “salvación”, de la “esperanza”, de un “mañana mejor”... La participación en cualquier proceso electoral es un acto de rendición, una moción de renuncia, una promesa de esperanza para algunos/as lejanos/as a nosotros/as que van a tomar decisiones por nosotros/as. Parece que la gente está en necesidad de ídolos/as, de salvadores/as, de líderes ... Pero mientras los/as votantes buscan animar, fanatizar, para sentirse seguros/as dentro de la manada de seguidores/as, se mueven cada vez más lejos de su liberación. Parecen fieles cristianos/as orando a su Dios. Durante las plegarias, no hay una respuesta de vuelta y el ritual necesita a los congregantes de rodillas ... La esperanza por una mañana mejor, por un poder “más justo” esclaviza a la gente, les envenena con promesas y los mantiene anclados en la quietud de la inacción y la expectativa eterna. No hay libertad en el mundo, a excepción de la que creamos con nuestras propias manos.

Los/as anarquistas que apoyaron públicamente la participación en el referéndum han reconocido su debilidad de creer en el sueño de la anarquía. La retórica del realismo político, que distorsiona y envenena lo escurridizo y trascendente de la anarquía, es el resultado de capitulaciones personales y compromisos de parte de anarquistas que llegan a la edad adulta e ideologizan su derrota pues se olvidan de soñar con lo imposible. Lejos de excusas falsas y tácticas baratas, el voto de los/as anarquistas es el resultado de la debilidad común para crear un movimiento anarquista conflictivo y organizado que promueva el ataque aquí y ahora. Especialmente hoy, en Grecia, los/as anarquistas hablan más sobre cómo desearían vivir, en vez de cómo realmente vivir...

El sector de los anarquistas que se negaron a participar en el espectáculo

lo del referéndum permance, sin duda, más consistente hacia la historia anarquista. Varixs de ellos, sin embargo, parecen preocuparse por la posibilidad de que su abstención les destierre al margen de los acontecimientos políticos. Es verdad que el ámbito anarquista de hoy no tiene nada que ver con los grupos marginales de la subcultura anarquista de los años 80. Esto es, por un lado, proyectivo cuando se habla de la mejora cualitativa de la teoría práctica y el desarrollo de la guerrilla urbana anarquista. Sin embargo, por otro lado, es triste cuando vemos el sueño de la anarquía retroceder en nombre del patético compromiso con el realismo político. Una gran parte del ámbito anarquista desea ser auto-promocionado como un actor político oficial y suda en su ansiedad por presentar propuestas convincentes y racionales de salvación del mundo. Es indicativo que la mayoría de los textos anarquistas difundidos llamando a la abstención del referéndum fueron impregnados de una perspectiva económica. Sugerencias para superar la crisis económica, para el alivio de la deuda, para la reconstrucción de la producción, para el sistema monetario... antidotos financieros y terminologías que unx podría estar comprando en los estantes ideológicos de la izquierda, ahora se comercializan bajo etiquetas anarquistas.

La trampa del realismo político desea que nos olvidemos del sueño anarquista y seamos cautivadx con palabras acartonadas, poniendo nuestras vidas en los programados y enumerados pasos del desarrollo y el “progreso”. De esta manera, los/as anarquistas “maduros/as” esperan que los ahora ordenados pensamientos anarquistas que ofrecen un programa organizado de la vida futura serán más aceptados por la sociedad. Esto es parcialmente cierto en tanto a una parte de la muchedumbre le gusta agarrarse a soluciones listas, propuestas de salvación pre-planificadas y garantías de seguridad. El rebaño de la masa siempre bala a su pastor... “Dinos dónde vamos...”, “muestranos el camino”, “guíanos”...

Pero ninguna oveja se salva a sí misma balando

La vida no ofrece garantías; sólo están sus desafíos esperando por ti (...). No es necesario seguir los pasos de la mecánica del poder para proponer nuestras propias soluciones “revolucionarias”. La contrapropuesta anarquista del realismo político sin querer lleva a participar en un diálogo en

el que el poder ha establecido las condiciones. Así que, en lugar de tratar de invertir los términos financieros y proponer soluciones revolucionarias sobre un modelo radical de la gestión de la economía y la producción, pongamos fin permanentemente a este “diálogo” trabajando en un plan de total desmantelamiento y destrucción de la economía. Junto a esto, todas las propuestas de los seguidores del realismo político están condenadas al fracaso.

Por un lado, la multitud de consumidores apreciarán sus soluciones sociales fuera de las instituciones (clínicas sociales, cocinas colectivas, bazares gratuitos, etc.) que alivian un poco su pobreza, sin embargo, en momentos críticos de decisión, siempre optarán por confiar en sus salvadores profesionales salvadores, los partidos y los políticos ... Y esto no es porque podamos predecir el futuro, sino porque el razonamiento del realismo político, en lugar de conectar al sueño anarquista y su actualización armada, funciona como un bálsamo y un paliativo para las personas “débiles”(...). Es por esto que el pueblo “siempre robado” está todavía actuando como una turba que confía en los médicos profesionales y no en las terapias alternativas.

Por otra parte, casi todas las sugerencias del realismo político parecen ignorar la dimensión internacional de la perspectiva anarquista. Ellos/as (los/as representantes del realismo político) trabajan en programas económicos alternativos (socialización de la producción sin intermediarios, transporte gratuito), como si se fueran a aplicar en una zona “libre” dentro del imperio autoritario. Es un hecho que cualquier intento liberador confinado a los límites geográficos de un país está condenado a asumir el ataque de la alianza internacional del poder. Cada proyecto insurreccional, cada conspiración anarquista incluye un carácter internacional de difusión, deseando extenderse como un virus que afecte todos los aspectos del poder. El carácter etnocéntrico ata nuestro pensamiento y lo mantiene atrapado en un nivel de oposición pintoresca que anuncia su propia solución de “salvación nacional” Combinado con las motivaciones del realismo político, la sumisión se describe únicamente como una condición estrictamente física, limitada a la esfera económica.

Pero la anarquía no es la rectificación de una gestión económica “justa”; en cambio, es una forma total de vida que hace saltar por los aires los ídolos de todas las formas de sumisión y anhela una mirada más libre y clara...

IV) La variable caótica – un plan sin malla de seguridad

La gente está más acostumbrada a preguntar a la espera de soluciones fijas en lugar de buscar las respuestas dentro de sí misma. En el mercado de ideología radical, los más populares son los que apaciguan a las masas ofreciéndoles una melódica canción de cuna con verdades convenientes. Recetas estáticas para salvar del mundo en las que el “bien” triunfa sobre el “mal” ... Por lo general, en la mayoría de las ideologías, todo el mundo espera el momento mágico en que las personas se unirán a los rebeldes, avanzarán hacia el palacio real del poder y pondrán fin a la dinastía de la injusticia construyendo el paraíso terrenal de la justicia social ... La vida, sin embargo, no es un relato carente de fisuras. Las cosas suceden a menudo como resultado de muchas posibilidades que se conectan. La fábula del descontento de las personas que se rebelan, que se defienden de los ricos y reposicionan la justicia y la igualdad por siempre, puede animar a algunos pero no será una amenaza para el poder.

Buscamos profundizar nuestra mente, liberarla de las verdades convenientes, probarla en caminos más sediciosos, atreverse a mirar dentro de nosotrxs mismxs con el fin de enterrar al lado de las tumbas abiertas de nuestros déspotas – a quienes asesinaremos – los restos del autoritarismo en nuestro propio ser también...

Queremos ser clarxs ...

No tenemos ninguna sugerencia sobre qué hacer para los/as consumidores/as que buscan esperanza. No tenemos respuestas a las preguntas que buscan garantías. Nosotrxs no conocemos el futuro, ni podemos describirlo de una forma atractiva como los anunciantes lo hacen para vender sus productos. Sabemos a ciencia cierta que queremos volar el modo de vida moderno, destruirlo de golpe. No hay necesidad de saber

lo que pasará mañana para destruir un presente que te hace sangrar. Un presente malsano que nos estrangula financieramente y hace que la gente se arrodille ante el banco, las empresas multinacionales, los amos y los chantajes del imperio de la riqueza. Un presente en que el mundo civilizado occidental convierte a países enteros en fosas comunes (Irak, Afganistán, Siria, etc.). Un sistema que nos aplasta a diario, controla nuestros pensamientos y nuestros deseos a través de las pantallas, nos convierte en usuarios/as adictos de la tecnología digital masiva, nos enseña cómo ser esclavos/as felices, nos domestica para admirar a nuestros/as amos/as y querer ser como ellos/as. Nos entrena para odiar lo que es diferente, nos permite considerarnos libres porque podemos votar y consumir. Un sistema que destruye la naturaleza convenciéndonos que esto es el progreso de la civilización y nosotrxs, como alegres Sísifos seguimos llevando nuestra piedra de esclavitud creyendo que esto es la vida.

Estamos viviendo en una era que odiamos y sabemos que la vida es una secuencia de batallas y no una ecuación contable en busca de contadores que proporcionen la solución. No somos políticos/as profesionales que prometen la cura social. La libertad no tiene receta; se conquista día a día mientras la estás experimentando. Así ocurre cuando encuentras caminos que podrías no haber pensado hasta hoy. Sabemos que para muchos/as todo esto suena a una poética trascendente e irresponsable que no obtiene ninguna respuesta en la vida real. Recordemos, sin embargo, que el presente nació desde los monstruos de laboratorios de la ciencia y la lógica. Por lo tanto, que todo el mundo considere dónde está el embrollo, si en la fría lógica o en el exceso de sueños... De todos modos, tenemos que aceptar algo ... la Anarquía Negra nunca será amiga de las masas. Nosotrxs elegimos medir nuestras vidas en sentimientos y colores, no en años. El camino es difícil para quienes han aprendido a vivir la manera cínica de los compromisos realistas. Tenemos ya miles de preguntas sin respuesta sobre cómo vemos el mañana ... Es un hecho de que no sabemos cómo será un mañana libre. Es por esto que será libre, debido a que va a estar lleno de posibilidades, preguntas y dudas. Además, cualquier persona que busque respuestas seguras pronto buscará la seguridad de la experiencia y del ministerio del poder. Mantenemos las respuestas ... Por supuesto, no estamos interesadx en perdernos en meditaciones trascendentales y que-

marnos en búsquedas existenciales sin atrevernos a hacer lo imposible.

Es por esto que necesitamos organizar un plan. La guerrilla urbana anarquista es capaz de trasladar la anarquía desde las páginas de libros polvorientos y la teoría abstracta hacia la acción, hacia la creación de eventos subversivos. Este es nuestro propio mano a mano con la historia. Hoy en día, el imperio del poder está conmocionado por sus estancamientos financieros, sus rivalidades internas, las zonas de guerra en territorio árabe ... No queremos llevar la inestabilidad del sistema a un programa de salvación como las promesas de la izquierda. Las panaceas sociales están muertas. Queremos, en cambio, meternos en las contradicciones de los archipiélagos sociales y convertirlas en una variable caótica. Un factor de desestabilización del sistema con aspectos impredecibles. Queremos, a través de nuestras acciones, de nuestros ataques armados, ejecuciones, bombas, incendios y sabotajes difundir el desorden y cortar el sistema. Disparos, fragmentos de explosión, bombas molotov que alegran el blanco del cielo, no sólo para golpear al enemigo, sino también para perturbar el tranquilo sueño de las certezas de la sociedad. En la actualidad existe un acuerdo tácito de que el mundo no cambia, que todo es en vano ... La organización del bloque de la anarquía negra busca romper este acuerdo. La desestabilización que podemos lograr a través de ataques guerrilleros y de la acción total anarquista crea agujeros en la seguridad del sistema. En estos agujeros pueden nacer las negaciones contra este mundo. El lapso que el sistema necesita para encender sus interruptores de nuevo después de un ataque produce momentos (...) en los que unx puede pensar libre de anteojeras y ver que lo que aun no ha sucedido es lo que no hemos anhelado suficiente.

Sobre la base de la organización, proponemos la formación de pequeñas y versátiles células de acción directa que mapean las metrópolis, hacen planes, eligen los objetivos y atacan.

La comunicación de los ataques a través de comunicados funciona como un llamado a la acción para todxs lxs interesadxs y al mismo tiempo como una invitación a que otras células se unan a una coordinación más amplia de ataques. La FAI (Federación Anarquista Informal) se basa exactamente

en este modelo de organización. Ni dirigentes, ni comités centrales, ni eterna espera por el despertar de las masas, ni espera por circunstancias favorables. Nos tomamos la vida en nuestras propias manos.

Sabemos que algunos se preguntarán “¿qué ganas con todo ésto?”, “¿Cómo vas a convencer a las masas para la revuelta?”... La mejor respuesta la dio hace aproximadamente un siglo Renzo Novatore ...

“¡¿Estás esperando para la revolución?! ¡Muy bien!

¡La mía comenzó hace mucho tiempo!

Cuando estés listo/a – ¡Dios, que espera tan interminable! – no me importará ir junto a ti por un tiempo. Pero cuando pares, yo continuaré mi marcha rabiosa y triunfal hacia la sublime gran conquista de la nada!”

*Traducción conjunta de Sin Banderas, Ni Fronteras.
Círculo Nihilista Sparagmos y blog Por la Anarquía.
El texto original, hasta ahora inédito en español,
apareció en griego en agosto de 2015.*

